



Una ingeniosa locura Libros y erudición en Cervantes

ALFREDO ALVAR EZQUERRA

UNA INGENIOSA LOCURA

UNA INGENIOSA LOCURA
LIBROS Y ERUDICIÓN EN CERVANTES

Alfredo Alvar Ezquerro

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 2016

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, asertos y opiniones de esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor. La editorial solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Intercambios culturales personales tangibles e intangibles (ss. XVI-XVII)» (HAR2014-55233-P), del Plan Nacional de I+D+i, financiado por el Mineco, que se desarrolla en la Agencia Estatal CSIC dirigido por Alfredo Alvar Ezquerria.

Catálogo de publicaciones oficiales: <http://publicacionesoficiales.boe.es>

EDITORIAL CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: publ@csic.es)



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD



CSIC

© CSIC

© Alfredo Alvar Ezquerria

© Viñeta de cubierta: Damián Flores

Todas las ilustraciones de esta obra proceden del banco de imágenes del *Quijote* del Centro de Estudios Cervantinos

ISBN: 978-84-00-10059-9

e-ISBN: 978-84-00-10060-5

NIPO: 723-16-206-7

e-NIPO: 723-16-207-2

Depósito Legal: M-10882-2016

Maquetación: Enrique Barba (Editorial CSIC)

Impresión y encuadernación: RB Servicios Editoriales

Impreso en España. *Printed in Spain*

A las tardes del Siete de oros

Si, por ventura, llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado: que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y, para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento...

Quijote, II, Prólogo al lector

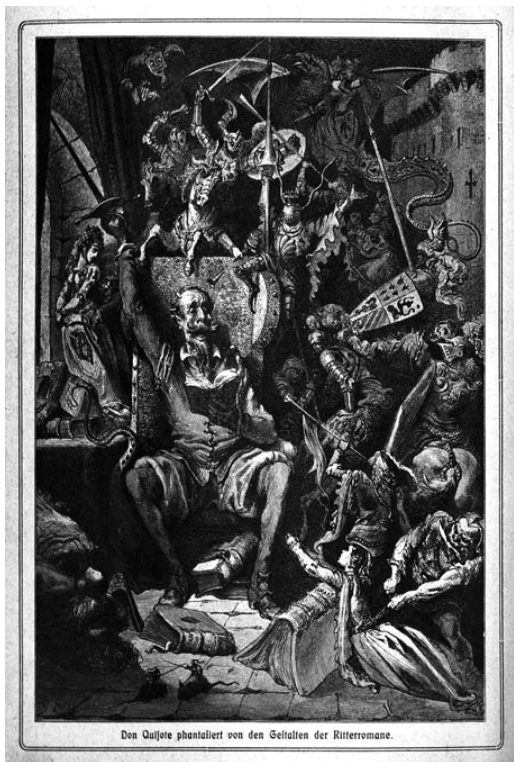
NO SÉ si lo que a continuación digo, lo digo con tino. He de confesar que este librito merecería ser mucho más largo. Merecería ser no solo una, sino hasta tres o más vidas más largo. Pero eso, si pretendiera agotar el tema. Y es más, viendo lo que he leído, probablemente perdería el juicio intentando terminarlo (si no me crees, lee un poco y verás qué razón tengo, en cuanto empieces a adivinar carencias).

Por tanto, este librito no es más que una reivindicación de la inmensa y apabullante cultura de Cervantes, él, que no pasó por la Universidad. Es decir, que, formado fuera de las aulas, dotado de una inteligencia indescriptible y de un tesón inagotable, logró ser quien fue (y es) sin estar supeditado a una educa-

ción reglada en sus años de juventud. Y hasta es posible que no tuviera educación reglada en los de la infancia. Y ello, sencillamente, porque amó su libertad de formación y creación. Su vida, en conclusión, no fue fácil.

A lo largo de estas páginas, muchas más de la que esta colección recomienda; muchas menos de las que exhorta a redactar el tema, haremos un repaso a lo que pudo leer directamente Cervantes, o a lo que flotaba en sus ambientes (por ejemplo, libros leídos de chiquillo; conversaciones con cautivos en Argel dedicados a la literatura; encuentros buscados con escritores por aquello de no aburrirse tanto como se debió aburrir en sus casi tres lustros de periplo andaluz), a lo que conoció para inspirarse en sus obras. El método seguido ha sido el de escudriñar algunas de las citas que él hace y situarlas en el mundo cultural que coincidía con el de su vida.

Por ello, hablaremos de ciertas generalidades sobre lo del escribir y el leer en el siglo XVI y a principios del XVII; bosquejaremos dónde encontrar sus alusiones a autores contemporáneos suyos; rastreamos el mundo de los libros de caballerías y nos detendremos algo en sus héroes clásicos.



Don Quixote phantasiert von den Gestalten der Ritterromane.

Gustavo Doré, *Alonso Quijano lee libros de caballerías*,
en la edición de Berlín, 1905.

He estado tentado de usar el método de cita bibliográfica de Cervantes en *Quijote*, I, revolucionario párrafo donde los hubiere y más aún en la oclusión del Humanismo, pero al final me rindo y ofrezco un par de títulos, muy a mi pesar, porque al citar a estos (y no a otros) los unos se sentirán insatisfechos por lo poco que se les menciona y los omitidos me añadirán a su lista opaca. Pero, ¡vive Dios, que estamos en el año de la Misericordia, y bueno será que me perdonéis y os hagáis cargo!, que bien sabéis que no hay cosa que más me guste y enriquezca que el oíros y oíros y empaparme de lo que sabéis.

Debería seguir escribiendo cosas en esta introducción, pero ya no tengo ganas, ni sé qué decir..., y el amigo al que esperaba para que me diera alguna buena idea, no viene. Así que aquí lo dejo. Y punto.

Tal vez, como él sabe que aquí se han recopilado algunos párrafos dispersos, piense que no necesito inspiración original. Pero se equivoca: porque los públicos a los que se dirigen los libros, las ponencias de los congresos, o cualquier otro texto o discurso, son tan diversos, como diversa ha de ser la forma de hacerlo. Y para eso no necesitamos a un *coach* que venga a contárnoslo. Basta con tener dos dedos de frente e

incluso haber leído a los clásicos; al del garbanzo —o la verruga—, sin ir más lejos.

¿Y si te contara que cuando empecé a redactar estas líneas, o a recopilar estos párrafos y páginas dispersos, éramos uno más y ahora somos los mismos porque el remplazo con Gonzalo llegó para endulzar la amargura?

[Desde la calle Cervantes de Madrid,
12 de marzo de 2016, justo un mes después]

CERVANTES AUTOR Y LECTOR DE LOS VIVOS

El gran lector y escritor que fue Cervantes, aunque no tuvo una educación reglada y sistemática, sí que se acercó al mundo clásico a través de su menospreciado López de Hoyos y, a lo largo de su vida, intentó demostrar, que a pesar de no hallar hueco en la República de las Letras, conocía cuanto se escribía y a quienes escribían. En este sentido debo rendirle un homenaje a sus cinco años de cautividad en que entró en contacto con decenas de poetas y escritores menores de la España del Siglo de Oro; también deben citarse a Gerónimo de Guzmán, que le enseñaría las bases de las tra-

moyas, y a Pedro Laínez, que le adiestraría en la versificación.

El genio de la creación literaria que fue Cervantes va dejando varias pistas sobre sí mismo. No nos podemos olvidar de su propia autoafirmación en *Quijote*, II, sobre *Quijote*, I. Ni sus correcciones o autoadvertencias (la voz *Olvidos cervantinos* de José Manuel Martín Morán en la *Gran Enciclopedia Cervantina* es plenamente ilustrativa). En cualquier caso, a las dos alusiones mencionadas en sendas partes del *Quijote* debemos añadir el reconocimiento en el «Donoso escrutinio» de que Cervantes, autor de *La Galatea*, es amigo suyo y de calidad creadora. Luego, en el prólogo de las *Novelas ejemplares* afirmará:

Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la

color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.



Manuel Ángel Álvarez, *Cide Hamete Berengeli*,
autor del *Quijote*, edición de Madrid, 1904.

La autocrítica la ejerce más adelante en el *Viaje del Parnaso*:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió para librarse del olvido.
Soy por quien *La Confusa*, nada fea,
pareció en los teatros admirable,
si esto a su fama es justo se le crea.
Yo, con estilo en parte razonable,
he compuesto comedias que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohíno,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos; y al que falta en esta parte,
es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica: bajeza

que a infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza!
Yo he compuesto romances infinitos,
y el de *Los celos* es aquel que estimo,
entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
para dar a la estampa al gran *Pirsiles*,
con que mi nombre y obras multiplique.

Él estaba convencido de que su mejor obra era el *Persiles*, esa obra que contiene la más espectacular y sublime dedicatoria jamás escrita. Sus piropos al *Persiles* están dispersos en sus libros. Nos va anunciando que lo va a escribir. La primera vez que lo avisa es en 1613:

Ahora, se agoste o no el jardín de mi corto ingenio, que los frutos que él ofreciere, en cualquiera sazón que sea, han de ser de V. E., a quien ofrezco el destas *Comedias y entremeses*, no tan desabridos, a mi parecer, que no puedan dar algún gusto; y si algu-

na cosa llevan razonable, es que no van manoseados ni han salido al teatro, merced a los farsantes, que, de puro discretos, no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan. Don Quijote de la Mancha queda calzadas las espuelas en su *Segunda parte* para ir a besar los pies a V. E. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí o por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto, que quiso ser él y no acertó a serlo. Luego irá el gran *Persiles*, y luego *Las semanas del jardín*, y luego la segunda parte de *La Galatea*, si tanta carga pueden llevar mis ancianos hombros; y luego y siempre irán las muestras del deseo que tengo de servir a V. E. como a mi verdadero señor y firme y verdadero amparo, cuya persona, &c. (*Ocho Comedias*, Prels., 878^b).

Luego, lo repite en el *Viaje del Parnaso*; volverá con ello en 1615:

Olvídaseme de decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea* (*Quijote*, II, 326^a).

En el prólogo de esa edición de *Ocho comedias*, se inserta una fantástica declaración de teoría de la literatura. Y Cervantes se vuelve a retratar literariamente, pero no me entretengo en ello.

Y en la dedicatoria del *Quijote*, II (30 de octubre de 1615), es cuando reconoce la calidad del *Persiles*:

Con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*; el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo*, porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.

Poco antes de morir, volvió a la consabida relación de obras listas para la imprenta. Esta vez, claro, no había que anunciar el *Persiles*, porque la dedicatoria está en esa obra.

Así que este va siendo un subjetivo, incompleto y breve mundo de los libros de Cervantes, de aquel que, en el prólogo al *Quijote*, I, escribió, fuera de todo desparpajo y destruyendo todos los principios de la deontología erudita, contra la erudición vana y vacua.

Hace ya muchos años, en 1947, Marasso trabajó sobre *Cervantes y Virgilio*, y fue el primero, o de los pioneros, en poner de manifiesto el elenco de *auctoritates* en que se inspiró Cervantes. De ello, no queda duda. Las alusiones pueden ser directas, como ocurre en todos los textos citados, o indirectas, lo cual ha generado una suerte de imparable esoterismo cervantino decimonónico donde a cada cual se le ocurre una genialidad, que al historiador llama la atención por la construcción metodológica.

Las lecturas de Cervantes no fueron desde luego pocas. Tampoco concentradas en un tema. Desde la gran enciclopedia botánico-médica que fue el Dioscórides, hasta obras de epistemología histórica, como la *De Historia*, de Cabrera de Córdoba. Desde textos impresos en la primera mitad del siglo XVI, hasta escritos puestos en molde a primeros del siglo XVII. Y esto es lo que él cita. Porque lo que da mucho juego, incluso a disparatadas fantasías, es lo que pudo leer, o querer decir, sin decirlo aunque tal vez hubiera querido haberlo dicho.

Cervantes manifiesta sus lecturas de manera sistemática, en unas ocasiones: especialmente en el «Canto del Calíope», cuyos escritores registrados los analizó Medina en 1958. El «Canto de Calíope» que es adjunto

a *La Galatea* (a la compleja y siempre inconclusa *Galatea*, de la que últimamente Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas defienden sus tintes nacionalistas) habla de autores y sus virtudes; pero las referencias a la fortuna o infortunio de ciertas obras en el «Donoso escrutinio» (*Quijote*, I, vi) son otro manifiesto de lecturas; y el resumen de poetas y otros escritores que hace en el *Viaje del Parnaso*, y los ejemplos que cito a renglón seguido, cerrarían el círculo de esta alusiones sistemáticas.

Pero las reflexiones sobre teoría de la literatura, sobre armas y letras, sobre la vida del estudiante, sobre epistemología y narración de la Historia, esparcidas por sus textos, como esparcidos hay muchos personajes, obras, ideas, o consejos, constituyen el corpus de sus alusiones asistemáticas.

Podríamos proponer otras maneras de acercarnos a Cervantes: por medio de sus pistas, sabemos que maneja ciertas obras directamente; otras, acaso de oídas. Todo es un mar de confusiones y de problemas, porque —creo que esta es una de las claves de los escritos de Cervantes— porfía mucho a la memoria, que en él debió ser prodigiosa, pero que, claro, a veces le fallaba. Como botón de muestra, cuando en *El licenciado Vidriera* hace alusión a la grandeza de Roma, pa-

rece que se olvida de algunos nombres, que querría haber citado: «Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana» (*El licenciado Vidriera*, 586b). Esas referencias memorísticas creo que son las que explican otros fallos en las citas latinas, o los cruces de títulos u obras, como por ejemplo en el «Donoso escrutinio» con la obra de Ávila y Zúñiga.

Cervantes no era autor de escritorio o de *studiolo*. No tenía sitio para la creación sosegada. Siempre me he preguntado dónde llevaría sus papeles o a quién se los iría mandando para que se los custodiara, en aquellos ajetreados trece años andaluces; o si no iría recomponiendo como pudiera las páginas de sus escritos.

Así es que cuatro son los lugares en los que podemos conocer la cultura de las lecturas de Cervantes.

A la altura de 1585, en *La Galatea* incluye el «Canto de Calíope»:

Mi nombre es Calíope; mi oficio y condición es favorescer y ayudar a los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada sciencia de la poesía.

Y tras su presentación,

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto a sí tenía, que hasta entonces de ninguno había sido vista; y, en comenzándola a tocar, parece que comenzó a esclarecerse el cielo, y que la luna, con nuevo y no usado resplandor, alumbraba la tierra; los árboles, a despecho de un blando céfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían a abajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban; y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír solamente: con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa; la cual, después de haber tañido un poco, con la más sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dio principio:

[...]

Y el que con justo título meresce
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un don ALONSO es, en quien floresce

del sacro Apolo la divina sciencia;
y en quien con alta lumbre resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia,
DE LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España, lustre...

De esta manera va citando a cien autores.

Luego, en 1605, como es bien sabido, tuvo lugar el expurgo de la biblioteca de don Quijote, con la salvación, menosprecio o quema de una treintena de libros.

En fin, en 1614 sale publicado *Viaje del Parnaso* y de nuevo nos hallamos con un manual de crítica literaria:

Miré la lista, y vi que era el primero
el licenciado JUAN DE OCHOA, amigo
por poeta y cristiano verdadero;
deste varón en su alabanza digo...

Así que solo con el «Canto», el «Donoso escrutinio» y el *Viaje*, Cervantes cita unos 280 autores y/o libros, con una brevísima pincelada de sus virtudes. Dejo al margen las alusiones e insultos a Lope y a

Avellaneda. En el resto de sus escritos, supera las 400 alusiones explícitas a fuentes de inspiración, o crítica. Las implícitas, o taciturnas, los guiños, son tantos que se lleva siglos intentando ver qué vio...

En efecto, hay otras citas esparcidas por sus obras, pero el centro de sus lecturas se recoge en esas tres composiciones. Se sabe que usa algún libro que nunca cita, como los de López de Hoyos. Tampoco se cita la *Topographia de Argel* de Diego de Haedo de 1612, en la que se le alababa.

Un ejemplo glorioso, un comentario soberbio, es el del *Quijote*, I, xxiv: están en un pradillo en Sierra Morena tumbados en la hierba el muy enamoradizo de Cardenio, recién transmutado de caballero en pastor, don Quijote y Sancho. Cuenta Cardenio sus desafortunados amores y su vida en celos (¡qué celoso debió ser Cervantes que qué bien habla de ese sentimiento!) y cómo a su Luscinda le propuso leer el *Amadís*.

Y en estas estaba contándolo, cuando de un respingo interrumpió don Quijote para, a partir de ese momento, manifestar su rendida admiración por Luscinda, mujer que leía el *Amadís*. Pero no es lo único que debería leer, sino que también debería haber enviado Cardenio

junto con *Amadís de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo...

«De venirse conmigo», que más adelante iremos con él.



Después de haberse acomodado en su asiento, dijo:...

Manuel Ángel Álvarez, *Cardenio cuenta su historia...*,
edición de Madrid, 1901.

El *Rogel de Grecia* fue escrito por Feliciano de Silva y es continuación del *Florisel de Niquea*, a su vez, décima continuación del *Amadís*. Rogel era uno de los hijos de Florisel y vive en medio de amoríos y aventuras. Fue libro de enorme éxito, pues a la primera edición de 1535 siguieron otras de 1546, 1551 y otra sin año conocido. Ese éxito fue el que indujo a que hubiera dos segundas partes, una de un Pedro de Luján y otra del propio Feliciano: de tal forma y manera que la usurpación de los éxitos editoriales no era cosa nueva en aquel tiempo; quiero decir que el acto de Avellaneda no fue el primero en la historia de la creación literaria en España.

Otro momento «estelar» de creación y crítica literaria tuvo lugar en la venta de Juan Palomeque *el Zurdo* (*Quijote*, I, xxxii). Han hablado del gozo que es oír leer libros, del sosiego que da a la esposa que el esposo escuche y se tranquilice, de cómo a la moza se le va la cabeza en historias de amoríos... y el ventero tiene en una maletilla con la cadénica unos ejemplares de esos que se leen en voz alta: «Halló en ella [en la maletilla] tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano». Los libros los enuncia el autor de esta historia de un hidalgo manchego: «El primer libro que abrió vio que era Don Cirongilio de Tracia; y el

otro, de Felixmarte de Hircania; y el otro, la Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes». Nada más ver los dos primeros libros, echaron de menos a las inquisidorcillas que habían actuado en la casa del hidalgo.



José Jiménez Aranda, *Sancho escucha la conversación sobre los libros de caballerías*, edición de Madrid, 1905-1908.

En este punto tiene lugar una discusión epistemológica que un aficionadillo se habría perdido y no habría tenido capacidad para hacerla. Sin embargo, Cer-

vantes que es un historiador de fuste, con sólidas bases epistemológicas, deja correr por boca de otros un debate sobre *De conscribenda rerum Historiae*, ciceroniana, o a lo Cabrera de Córdoba y su *De Historia. Para entenderla y escribirla*: en esencia que hay historias verdaderas y novelas, pero que, a veces, las historias no desmerecen de las novelas.

Para mi gusto, a mi modo de ver, es una escena riquísima en contenidos sobre la objetividad, la subjetividad, la verdad, la verosimilitud o la veracidad... Lo que un Fox Morcillo había hecho en no sé cuántas (fantásticas y riquísimas) páginas ¡y en latín porque la lengua que se usare debía ir en consonancia con los contenidos de lo que se expresare...! ¡Y Cervantes escribe en español un debate entre un cura formado en Sigüenza y un ventero analfabeto sobre los mismos problemas que habían tratado desde Cicerón (por lo menos) los teóricos de la historia, los graves autores de *historiosofía*! Es imprescindible la relectura de *Quijote*, I, xxxii.

En un memorable y clásico escrito, Irving A. Leonard dedicó a *Los libros del conquistador* no pocas indicaciones sugerentes. Por ejemplo, la influencia de la lectura de los libros de caballerías en los conquistadores, o (cap. III), «El conquistador y las ‘historias mentiro-

sas'». Llamo ahora la atención sobre la cuestión de la verdad, la veracidad y los de caballerías, sobre lo que volveré más adelante.

En cualquier caso, la reconstrucción del catálogo de su biblioteca está compuesto por 203 obras. Aunque los criterios de identificación propuestos por Eisenberg pueden inducir a error o son discutibles o excesivamente arriesgados, podemos seguirle y concluir que la mayor parte de las obras que maneja Cervantes son obras propias. Es decir, que tuvo una biblioteca, de libros mayoritariamente editados en Madrid y en Alcalá; en lengua española; que sus lecturas fueron las propias de cualquier hombre instruido de Castilla entre 1580 y 1616; de esta biblioteca facticia parece desprenderse que su propietario tendría un gran sentido crítico porque, al parecer de lo que tenía a su alcance, elegía lo más innovador, lo mejor pensado, lo de mayor valor artístico.

Y así las cosas, ¿a dónde fueron a parar sus bienes al morir?, ¿a dónde los libros a lo largo de su vida con tantas idas y venidas de un inmigrante típico de la transición del XVI al XVII? Por no tener de él, no tenemos ni sus huesos. ¡Menos mal que conservamos sus propios escritos!



José Jiménez Aranda, *Cervantes compra el manuscrito*,
edición de Madrid, 1905-1908.

Volvamos a la cultura de Cervantes. Cuando la ninfa va a empezar a cantar a los grandes poetas españoles y de Indias (la alusión a la unión de España e Indias es muy importante en Cervantes), empieza así su canto:

Mi nombre es Calíope [...]

Yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego natural de Esmirna, por él solamente famosa; la que hará vivir el mantuano Títiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe; y la que hace que se tengan en cuenta, desde la pasada hasta la edad presente, los escriptos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció a Catulo, la que nombró a Horacio, eternizó a Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar a los oscuros infiernos y subir a los claros cielos al famoso Dante. Soy la que ayudó a tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso; la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios, y con los frutos dellos, quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha. Yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la

que no dejó jamás el lado de don Fernando de Acuña [...] Y así, me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias a ella sujetas; los cuales, si todos o alguno dellos su buena ventura le trujere a acabar el curso de sus días en estas riberas, sin duda alguna le podéis conceder sepultura en este famoso sitio.

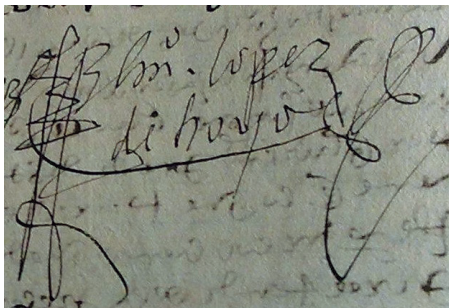
Y, tras advertir que irá citando autores sin orden de preeminencia, concluye:

Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria, sin que ninguno se atribuya a que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro; porque, como digo, a vosotros, discretos pastores, dejo que después les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe. Y, para que con menos pesadumbre y trabajo a mi larga relación estéis atentos, haréla de suerte que sólo sintáis disgusto por la brevedad della.

Y en ese punto empieza esa famosa relación de unos 900 versos donde va describiendo en escasas frases a sus autores predilectos, vivos: «Pienso cantar de

aquellos solamente / a quien la Parca el hilo aún no ha cortado», fascinante relación que concluye con las alusiones vistas ya a Laínez y a Suárez de Figueroa.

Es curioso que en «El Canto del Calíope» no mencione a López de Hoyos. Tampoco tenía por qué hacerlo toda vez que murió el 28 de junio de 1583 y *La Galatea* es de 1585. ¡Qué bien le viene la excusa de loar solo a los vivos para callar a su maestro! ¡Pero, ¿la escribió después del verano de 1583, o el ninguneo estaba ya pre-visto?!

A close-up photograph of a handwritten signature in dark ink on aged, slightly textured paper. The signature is written in a cursive, somewhat stylized script. It begins with a large, ornate initial 'B' followed by 'n.' and 'Lopez'. Below this, the name 'de Hoyos' is written in a similar cursive hand. The signature is enclosed within a large, sweeping, and somewhat irregular loop that extends across the bottom of the text.

Firma de López de Hoyos en su testamento, 1583.

En cualquier caso, no hay duda de que Cervantes conocía a los autores vivos que había que conocer.

Y lo mismo pasaba con los clásicos. Conocía a todos, o —por cubrirme las espaldas he de decir que— a casi todos, como expongo en el apartado correspondiente.

En conclusión y resumen, conoció a los autores que recuerdan Menéndez Pelayo en su «Cultura literaria de Miguel de Cervantes» (hablo más adelante de ello); Cotarelo en *Cervantes lector*, Eisenberg en su faciticia biblioteca de Cervantes y los colaboradores de la *Gran Enciclopedia Cervantina*.

He leído en algún autor que los leyó en lenguas clásicas, o en vernáculos. Más parece que en las traducciones del Renacimiento: Hernández de Velasco tradujo a Virgilio en 1574; Espinel algunas *Odas* de Horacio en 1591 y a fin de cuentas fueron ambos presos en Argel; su *Arte poética*, por Luis Zapata, en 1592; Juan Villén de Biedma a Horacio entero en 1599; *La ciudad de Dios* de san Agustín pasó a nuestra lengua en 1614 e influyó en el *Persiles* y desde mediados del xvi hubo otras traducciones de otros textos; Apuleyo fue traducido por Diego López de Cortesana en 1513; Ariosto (que Cervantes leería en italiano) pasó a español por Jerónimo de Urrea en 1553; lo mismo ocurriría con el *Orlando enamorado* de Boyardo, traducido por

Francisco Garrido de Villena en 1555; Juan Gracián en 1580 tradujo *Os Lusíadas*; a Cayo Lucio Claudiano y su *Robo de Proserpina* lo tradujo Francisco Faria en 1608 y lo citó Cervantes cinco años más tarde en el *Viaje del Parnaso*; Antonio de Lo Frasso estaba traducido en 1573; como Juan Bautista Giraldo Cinthio y su novelas, desde 1590; o Bautista Guarini, *El pastor Fido*, en 1602; Guarino Mesquino y su *Crónica*, en 1548; la *Historia de las leales amantes* de Heliodoro, por Fernando de Mena, en 1587; las *Metamorfosis* de Ovidio las tradujo Jorge de Bustamante en 1577; a Petrarca lo tradujo Enrique Garcés en 1591; a Plinio, Jerónimo de Huerta en 1599; la *Arcadia* de Sannazzaro lo fue por Diego López de Ayala en 1573; a Torcuato Tasso don Juan de Jáuregui en 1607, aunque su *Jerusalén libertada* desde 1587...

Los leería en lo que tuviera a mano. E, igualmente, usaría silvas de varia lección, las florestas, algún diccionario de citas de los que había que conocer por aquel entonces, bien generalistas, bien de materias concretas; varia de dichos y sentencias... Hernán López de Yanguas, *Los dichos o sentencias de los siete sabios de Grecia*, 1542, que pienso que debió de tener muy a la mano o del mismo las *Cincuenta vivas preguntas*, con va-

rias ediciones desde 1501; o el de Melchor de Santa Cruz de Dueñas, *Floresta española de apotegmas*, 1574; o la *Silva diversorum autorum, qui ad usum scholarum selecti sunt*, 1587; etc. Y un sinfín de opúsculos manuscritos.

En Cervantes están claras otras fuentes: Garcilaso y Herrera, en su creación poética; Lope de Rueda, en la teatral; Erasmo, también Jerónimo de Mondragón y Juan Huarte de San Juan, en las cosas de la cordura y la locura de don Quijote, de Sancho, del licenciado Vidriera y de su humor corrosivo en los *Entremeses*, por ejemplo; de doña Oliva Sabuco de Nantes y su *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (1587); de Platón en sus primeros textos; de Torcuato Tasso en los siguientes; de Teófilo Folengo con su estrafulario viajero *Baldus* (1517); de la literatura picaresca y cortesana y pastoril y no sé cuántas cosas más. La *Diana* de Montemayor le atrajo metodológicamente y por sus resultados económicos; también la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo y, por supuesto, *El pastor de Fílida* de su amigo Gálvez de Montalvo.

Porque la esencia de su conocimiento fue el *adogmatismo*: no pertenecer a una escuela, sino deberse (como producto de su autodidactismo de adulto y su inmensa experiencia humana, que en él adquiere tintes épi-

cos, gloriosos), deberse —digo— solo y exclusivamente a su libertad creadora.

CERVANTES LECTOR DE LOS MODERNOS: LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Según saben los filólogos, la lectura de los libros de caballerías tiene una historia propia. Los primeros textos, aún sin imprimir naturalmente, eran del gusto de la nobleza armada, de la que vivía el día a día compartiendo los valores de la caballería. Nos situamos alrededor de principios del siglo XIV (o mediados, según la opinión de Cacho Blecua), que es cuando se compuso el *Libro del caballero Cifar*. En cualquier caso, de ahí en adelante, se fue expandiendo la novela de caballerías, cautivando a la aristocracia.

En un primer momento, parece ser que su lectura no era recogida, silenciosa e individual, sino pública, en corrillos. Una de las causas de esta práctica social radicaría en la escasez de ejemplares, o lo costosos que fueran. La escasez de ejemplares es la causante de la situación que, recogida por Menéndez Pelayo e Irving A. Leonard, parece ser que es original de Francisco

Rodríguez Lobo (en *Corte en aldea...*, 1619; Leonard, p. 421). Al parecer, había unos soldados portugueses sitiando una ciudad en la India y «entre las armas» tendrían un libro de caballerías para pasar el tiempo del tedio. Uno de los soldados, «que sabía menos que los demás», se creía todo lo que estaba impreso porque «hay algunos inocentes que les parece que no puede haber mentiras impresas» y los demás soldados le ratificaban en su estulticia. El pobre desdichado, al llegar el momento del asalto, enardecido por lo que había leído, se metió entre los enemigos con toda furia, de modo que, cuando pudieron rescatarle, lo sacaron malherido de entre los enemigos. Cuando le reprehendieron su temeridad, él se afianzó con estas palabras: «No hice la mitad de lo que cada noche leéis de cualquier caballero en vuestro libro». Fantástica anécdota, desde luego de los efectos alucinógenos que podían llegar a tener los libros de caballerías...

Sin embargo, a finales del siglo XV y más aún a lo largo del siglo XVI, vinieron a juntarse dos fenómenos: por un lado, la expansión del mundo caballeresco (de la que no es necesario recordar, por ejemplo, la Reconquista de Granada, la campaña imperial de Túnez de 1535 y sus tapices, o los torneos que se celebraban

por doquier), vinculada a una reorganización de la aristocracia, que en España dejó de ser levantisca contra la Corona y pasó a ser cortesana, con lo que ello implicaba de exhibición y exaltación de linajes en forma de señas heráldicas, libreas, penachos y demás, y —en segundo lugar— la aparición y expansión de la imprenta.

Algunas ediciones se abarataron. Incluso eran de pésima calidad, de un papel que casi se disolvía en las manos. Los tamaños de los libros se menguaron —cuando fue menester, porque al parecer todas las impresiones de caballerías se hicieron en folio— y los textos, si se quería, se podían traer y llevar y leer y prestar y pasar de mano en mano.

A fin de cuentas el libro, que es un producto manufacturero (por no decir aún industrial), era, igualmente, un artículo de compra-venta e inversión. Así que, si la gente demandaba libros de caballerías, iban a tenerlos. Porque así son, afortunadamente, las cosas del mercado. Y si ese producto es acompañado por una innovación técnica, la imprenta, que homogeniza cada artículo, los hace iguales, por centenares y demás, la combinación entre producción y consumo se torna en casi perfecta.

Así es que, de unos cuantos títulos de caballerías, se pasó a decenas. Si alguna vez hubieron algo de verosimilitud, cada vez se convirtieron en más fantasiosos. Se ahondó en la fantasía de los nombres, de los topónimos, de las aventuras, de las situaciones, de los argumentos. Y como todo ello no era suficiente, se pedía más y más y aparecieron segundas y aun terceras partes; continuaciones; reediciones, traducciones y ediciones piratas; ciclos por caballeros, etc.

Los libros no eran ni caros ni baratos: todo depende del bolsillo que lo pague. Y, además, había un inmenso mundo de compraventa de segunda mano que no se conoce bien e incluso algunos autores actuales ni lo tienen en consideración. Cada pliego estaba tasado. A precios distintos según los tiempos. *La Historia Imperial y Cesarea* de Mejía en la edición de Sevilla, 1564, costaba 375 maravedís, esto es, diez reales. Las *Novelas ejemplares*, en 1613, costaban 283 maravedís. En 1605 salió a la venta otro libro que

tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís y medio; el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel.

Esta era la realidad de las cosas: para los que tuvieran dinero y apetencia por leer, no serían tan caros. Para los que perdieran la cabeza y hubieran de vender hasta sus fanegas de tierra para comprar ejemplares, pues sí que lo eran..., y así sucesivamente. Como los libros iban tasados y por pliegos, cada libro más grueso era más caro...

Anotaré que una vulgar encuadernación en pergamino costaba entre uno a dos reales, o sea, entre 34 a 68 maravedíes.

No deja de ser curioso que se compare el precio de un libro con una hogaza de pan: se olvidan, quienes eso hacen, de que cuando un bien es demandado, a la hora de comprarlo cuentan tanto el precio como el valor. Hay que estar loco para vender las propiedades por «instalar» una biblioteca.

Por lo demás, estaba muy extendida la costumbre de comprar de segunda mano o de prestarse libros..., ¡e incluso algunos regalaban sus bibliotecas!

Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo a mi aldea, que allí le podré dar más de trescientos

tos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores (*Quijote*, I, xxiv).

Los libros de caballerías, tal y como ha demostrado la investigación más reciente, eran leídos por todos, o por casi todos. Quiero decir que interesaban lo mismo a los grandes aristócratas, cuanto a mujeres de mediano pasar. Es muy manida la anécdota de un Carlos V que disfrutaba oyendo pasajes del *Belianís de Grecia*; el Príncipe de Lope de Vega, en *La adversa fortuna de don Bernardo de Cabrera*, ordenaba que «los músicos me traigan de la cámara que me entretengan. Llamen a Leonido, que me agrada su leer».

Igualmente son reconocidas las prohibiciones a estos libros de poca envidia. Citemos unos cuantos hitos:

La reina-emperatriz Isabel ordena, desde Ocaña y a 4 de abril de 1531, a los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla que «no consintáis ni deis lugar a persona alguna pasar a las Indias libros ningunos de historias y cosas profanas, salvo tocante a religión cristiana y de virtud en que se ejerciten los dichos in-

dios y los otros pobladores de las dichas Indias». En la misma cédula real se explica qué son los libros de «cosas profanas» y por qué se preocupa por los indios: «Pasan a las Indias muchos libros de romance, de historias vanas y de profanidad, como son de Amadís y otras de esta calidad, y porque este es mal ejercicio para los indios y cosa en que no es bien que se ocupen ni lean [...]». Esta misma cédula se recordó desde Madrid el 21 de febrero de 1575.

De poco sirvió la prohibición: el 14 de julio de 1536 y desde Madrid, ordenaba explícitamente al virrey de México, don Antonio de Mendoza, en similares términos y muy expresivos, que «no se vendan libros algunos de esta calidad ni se traigan de nuevo» los «libros de romance de materias profanas y fábulas» a los que empezaban a darse a leer los indios, «que ya comienzan a entender gramática algunos naturales [...]», etc. (Reyes Gómez, II, p. 783).

Pero los conquistadores eran tozudos en sus gustos: el 13 de septiembre de 1543, el príncipe Felipe, desde Valladolid y a los oficiales de la Casa de la Contratación, repetía la cédula anterior, fundiéndola con la primera, y es que había que eliminar del horizonte cultural a los *amadises*:

De llevarse a las dichas Indias libros de romance y materias profanas y fábulas, así como son libros de Amadís y otros de esta calidad de mentirosas historias se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieren leer, dándose a ellos, dejarán los libros de sana y buena doctrina leyendo los de mentirosas historias [...] (Reyes Gómez, II, p. 786).

Dos semanas después, se mandaba casi idéntica cédula a las autoridades del Perú (Reyes Gómez, II, *passim*).

Cuando se redactan las *Ordenanzas de la Casa de la Contratación* (Monzón, 4 de noviembre de 1552), en el artículo 126 se manda a los oficiales de Sevilla que «no consientan, ni den lugar a persona alguna pasar a las Indias libros e historias fingidas, profanas, ni libros de materias deshonestas».

Este proceso viene a culminar en 1555, aún en tiempos de Carlos V, cuando son las *ciudades reunidas en Cortes, los representantes de los burgos castellanos*, y no la monarquía, los que en la petición CVII expondrán al emperador que «está muy notorio el daño que en estos reinos ha hecho y hace a hombres mozos y doncellas y a otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades como son Amadís y todos los libros que

después dél se han fingido de su calidad y lectura y coplas y farsas de amores y otras vanidades [...].»

Los jóvenes por imitación y las doncellas, dejadas encerradas en casa por sus madres «creyendo la deja recogida», se dan a leer esos libros «en gran detrimento de las conciencias, porque cuanto más se aficionan a estas vanidades, tanto más se apartan y desgustan de la doctrina verdadera y cristiana y quedan embelesados en aquellas vanas maneras de hablar [...]». Por ello, *los representantes de las ciudades reunidos en Cortes y no la Monarquía* pedían al rey «les mande recoger y quemar y que de aquí adelante ninguna pueda imprimir libro ninguno, ni coplas, ni farsas» sin ser vistos antes por el Consejo Real, lográndose así que las gentes sean «reducidas a leer libros religiosos y que edifiquen las ánimas y reformen los cuerpos»... Aunque Carlos V respondió que «tenemos hecha ley y pragmática nuevamente [o sea, nueva]» para poner remedio a lo que se pide, «se publicará brevemente». No se publicó.

Efectivamente, el 21 de septiembre de 1556, la «censura previa para América» se situó en el Consejo de Indias. De ello se beneficiaría años más tarde Herrera, para meterle el dedo en el ojo a Lope cuando el

Consejo de Indias prohibió *La Dragontea* en América (13 de marzo de 1599; Fermín de los Reyes, II, 834). Volvamos a 1556, porque en octubre se mandó que los libros prohibidos por la Inquisición no se pudieran leer en Indias y que se recogieran; y finalmente, en 1558 tuvo lugar la gran pragmática sanción de la reina gobernadora doña Juana, en nombre de Felipe II, sobre la impresión y venta de libros.

Pero no se pueden poner puertas al campo. Es más, intentar hacerlo es vano esfuerzo. Eran tan demandados todos estos libros que no solo se imprimían con cuidado en España, en Flandes o en Italia, sino que el último, probablemente el último estertor del género, es de 1623. Efectivamente, suele aceptarse que el *Polisne de Boecia*, de Juan de Silva y Toledo (Valladolid, 1602) fue el último de la serie. Pero no podemos dejar de lado la cantidad de libros de caballerías que trotaaron e incluso galoparon manuscritos, sin haberse editado aún (el monográfico de Lucía y Sales, 2008, es muy esclarecedor).

Conforme la investigación se ha ido preocupando más monográficamente sobre la difusión de los libros de caballerías, sobre la lectura y los lectores (Chevalier) en España o en América (I. Leonard), parece evidente,

e innegable, que todos leyeron libros de caballerías. Y si no, los oían. Este es el momento de traer a colación el *Quijote*, I, xxxii y con gran pena, pues no lo puedo reproducir íntegramente. Pero en ese capítulo no solo se nos habla de lecturas en grupo, sino, y lo que me parece más importante, de cómo a unos lectores les gustan unas partes de las novelas, y a otros, otras; a unos les gustan los mamporrazos que dan y a la otra, cómo tratan a la doncella: es decir, que, como ocurre con cualquier producto de venta masiva, satisface las inquietudes, las aspiraciones, los gustos del consumidor. O sea, los libros de caballerías pudieron sobrevivir porque acompañaban los gustos de los lectores. Hasta tal punto que uno de burla y chanza casi les puso final.

Y, como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas,

muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas; a lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

Uso extendido este de la lectura en corrillos, a la que hemos aludido y que Monipodio también hizo suya:

Bajaron todos, y, poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un *libro de memoria* que traía en la capilla de la capa y dióselo a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer (*Rinconete y Cortadillo*, 568^a).

Como decía antes, la aparición de la imprenta estimuló la difusión de libros de caballerías y, con ello, su lectura. De los libros de caballerías y de todos los demás, naturalmente. Tal fue la revolución cultural en la que se vivía que había que controlar. Se hicieron rutinarias las admoniciones sobre qué libros eran de provecho y cuáles no (obviamente los moralizantes, pero

si el escritor era hombre culto, podía recomendar los de historia y los formativos en general, frente a los profanos de entretenimiento, más perseguidos y señalados por púlpitos y péñolas inimaginables) y, naturalmente, se llegó a la promulgación de leyes.

Igualmente, se debatió sobre la conveniencia de leer varias veces el mismo libro, o raudamente varios; se advirtió que la posesión de ingentes bibliotecas (con unos centenares de libros ya era una biblioteca considerable), la adoración de los *bibliotafios* —feliz término con el que Luis Gil menospreció el sentido de la Real Biblioteca de El Escorial— eran síntomas de la vanidad humana; se puso en tela de juicio tanto el préstamo incontrolable, como la posesión ilógica de textos...

Se llegó a hacer mofa y escarnio, pero con gravedad admonitoria, de aquel que supiera leer:

¿Sabéis leer, Humillos? [...] No, por cierto, ni tal se probará que en mi linaje haya persona tan de poco asiento, que se ponga a aprender esas quimeras que llevan a los hombres al brasero, y a las mujeres a la casa llana. Leer no sé, más se otras cosas tales que llevan al leer ventajas muchas.

¡Y tanto! Traigo a colación ahora el proceso inquisitorial contra el morisco Román Ramírez de Deza, cuyo proceso ha arrojado deslumbrante luz sobre la memoria repetitiva de un niño capaz de contar los libros de caballerías, como los oía leer a su padre en voz alta. Siguió haciéndolo durante el resto de su vida:

Y luego recitó de memoria el capítulo primero del segundo libro de Don Cristalián, y el capítulo segundo, refiriendo unas batallas y pareció ser cuentos de caballerías; y dijo el dicho Román Ramírez que pudiera alargar aquellas batallas y el cuento d'ellas cuatro horas y que era más la traza e inventiva que este confesante tenía que no lo que sabe de memoria de los dichos libros; y que su señoría podía hacer la experiencia, mandando traer el dicho libro de Don Cristalián y viendo por él lo que éste recita de memoria y que así hallaría su señoría que este confesante dice la sustancia de las aventuras, y añade y quita razones como le parece (citado por Lucía en *Gran Enciclopedia Cervantina*, voz *Novela de caballería*).

Así es que nos encontramos en medio de un fascinante mundo cultural en el que algunos, los que sabían, leían y lo hacían con deleite. Se leían desde los textos

más sesudos hasta los más entretenidos, hasta estos que, en el decir de Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, de 1611, los definía como «los que tratan de hazañas de caballeros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento, y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Caballero del Febo y de los demás», y que más de un siglo y pico más tarde la Academia Española, en el *Diccionario de Autoridades*, describía así: «Se llaman aquellos que contienen hechos e historias fingidas de héroes fabulosos. Tomaron este nombre de que fingían que los héroes que hablaban en ellas eran caballeros armados».

En español se editaron 82 libros de caballerías, a los que hay que añadir 4 más de cuya existencia sabemos por referencias indirectas, pero de cuya tirada no se ha conservado ningún ejemplar; más de 300 ediciones y reediciones... ¡decenas de miles de ejemplares saturando un mercado de *gente que no leía*! Advuértase que la tirada de un libro podía ser de unos 500 ejemplares (cifra esta que, tomada como media, es poco certera). Pero ¿cómo se puede defender alegremente que en la España del siglo XVI no se leía? ¡Leería la gente culta!

¿En verdad que se puede denostar con tanta agilidad como se hace a todo este género literario multiseccular, sin más? (aunque lo hiciera Cervantes en *Quijote*, I, vi, xviii, lxviii).

CERVANTES LECTOR DE LOS ANTIGUOS: LOS CLÁSICOS

Decía Menéndez Pelayo que, a su parecer, Luciano había influido sobremanera en Cervantes, pues el rastro quedaba tanto en *El coloquio de los perros* como en *El licenciado Vidriera*. Y añadía que

las obras de Luciano, tan numerosas, tan variadas, tan ricas de ingenio y gracia, donde hay muestras de todos los géneros de cuentos y narraciones conocidas en la antigüedad: las de viajes imaginarios, las licenciosas o milesias, las alegorías filosóficas, las sátiras menipeas; aquella serie de diálogos y tratados que forman una inmensa galería satírica, una especie de comedia humana y aun divina que nada deja libre de sus dardos ni en la tierra ni en el cielo, no fue, no pudo ser de ninguna manera tierra incógnita para Cervantes, cuando tantos españoles del siglo de

Carlos V la habían explorado, enriqueciendo nuestra lengua con los despojos del sofista de Samosata.

Menéndez Pelayo estaba convencido de la impronta del autor griego en el alcalaíno. Y, aunque se empeñe en hallar esos influjos, no encuentra el dato directo y concreto. Para Menéndez Pelayo, es el ambiente cultural impregnado de resabios de Luciano lo que alumbraba por sí solo esa influencia. Luciano está en todas partes. Pero estuvo en todas partes en la España de Carlos V porque fue Erasmo el gran *renacedor* de Luciano. Habla Menéndez Pelayo de «lucianistas» y «erasmistas» en un todo unido. Advierte que Luciano está en Juan de Valdés, pero que este es perseguido inquisitorial y, por ende, no puede ser citado por Cervantes, aunque lo conociera.

Más recientemente, Lia Schwartz nos ha recordado que, desde 1397, a Luciano se le usó en Florencia para aprender griego y conocer a los griegos. Y, aún más,

entre otros rasgos apreciados en el siglo XV cuentan su uso de la ironía y del lenguaje coloquial, el carácter lúdico de gran parte de sus textos, cómicos y satíricos, y su elaboración de motivos y subgéneros

que serían ampliamente imitados en el Renacimiento: el encomio paradójico, que Erasmo recrearía en *Elogio de la locura*, el viaje fantástico, y la mezcla de personajes humanos y de deidades, tan característica de la sátira menipea.

Y asevera que entre ediciones en griego, en latín, bilingües o traducciones, hubo alrededor de... 300 en la Europa del siglo XVI. En español, en concreto,

ya en 1544 Juan de Jarava dio a la imprenta una versión de *Icaromenipo*, incluida en su edición de *Problemas*, aparecida en Lovaina. A Francisco de Enzinas se atribuye la traducción de varias obras de Luciano: *Charon*, *El gallo*, *Hercules*, *Menipo*, *Icaromenipo* y *Toxaris*, en edición compartida con la versión de *Amor fugitivo* de Mosco, libro publicado en León en 1550. También atribuida a Enzinas es la traducción del libro I de *Historia verdadera*, aparecida en 1551.

Para Lía Schwartz (o para cuantos hayan seguido las estelas de González de Amezúa, Américo Castro, Bataillon o Vives Coll), Cervantes hubo de conocer esas ediciones de Luciano, aun cuando no lo cite en su obra. No hay alusión explícita, pero sí implícita: de

Luciano, o del Luciano que dejó entrever Erasmo, y que retomaron sus discípulos o admiradores españoles. De ese Luciano del que quedan rastros, fundamentalmente en *El licenciado Vidriera*, en *El coloquio de los perros* o en *El casamiento engañoso* (también con resabios de Apuleyo y *El asno de oro*), incluso en *Viaje del Parnaso* y, cómo no, en *El Quijote*. Y su brillante análisis lo cierra así:

Directa, o indirectamente, a través de Erasmo y los autores de diálogos satíricos del XVI, o de los escritores italianos que lo habían ya imitado desde las primeras décadas del siglo XVI, Cervantes fue de algún modo discípulo de Luciano, aunque su nombre no aparezca mencionado por nuestro autor.

He de decir que, aceptando todo lo anterior, pues no soy quién para poner en tela de juicio a los filólogos mencionados, pienso que la lectura del inventario de la biblioteca de Juan López de Hoyos, el maestro de Cervantes, nos da una nueva luz: las entradas (caprichosamente así asignadas por mí mismo para facilitar el manejo del manuscrito) números 55, 308, 312 y 349 registran obras de Luciano (¡y a saber si no anda

camuflado también entre algún Lucano, o cualquier otro disparate del escribano!). No podemos saber, a ciencia cierta, de qué obras se trata porque la letanía es siempre tristísima: «[55] Otro libro que se intitula Luciano» (fol. 977r); «[308] Otro libro intitulado la parte primera de Luciano en griego» (fol. 982r); «[312] La segunda parte de Luciano en griego» (fol. 982v); finalmente, «[349] Otro intitulado Luciano».

Tengo mis dudas de que el escribano inútil supiera leer unos lomos (o el frontal) de un libro «en griego» para diferenciar «parte primera» de «segunda parte», toda vez que las ediciones de París (1530) o Colonia (1544) eran en un tomo. Solo la de Haguenau (Hugano), de 1534, era en dos volúmenes y, afortunadamente para nuestro escribano, el título estaba transliterado del griego y puesto en latín. Podría concluirse que es esta edición en griego la que tuvo Juan López de Hoyos. Una edición hecha en Francia, antes de que él naciera...; pero estas son cosas del mercado y comercio de libros en el siglo XVI.

De los otros dos ejemplares de Luciano, no podremos saber cuáles fueron. Es más, alguna de las obras de Erasmo que tuvo Juan López podría haber sido una edición de los textos del samosatense.

De lo que no hay duda es de la presencia de Luciano en la biblioteca de Juan López de Hoyos y, por ende, no sería difícil deducir que, a través de él, en Cervantes.

Los casos de Ausonio o Boecio son muy similares a lo anterior, pero más próximos al desconocimiento. Cervantes no los cita directamente, pero la impronta de Ausonio, en autores que sirvieron de inspiración a Cervantes, como Fernando de Herrera, Garcilaso o Juan de Mal Lara, parece cierta. Lo cierto y verdad es que las ediciones de los malos manuscritos del maestro Ausonio Décimo Magno son italianas y francesas, pero ese dato no es óbice para que en la República de las Letras se conociera a los grandes autores en todos los foros de lectura. Por lo demás, en la biblioteca de López de Hoyos no parece haber nada de Ausonio, ni de Herrera, ni de Garcilaso... La *Consolatio* de Boecio no aparece en Cervantes directamente, pero sí puede ser a través de otros autores (en especial Juan de Mena). Así que no le doy más importancia.

Acabo de citar a Apuleyo. Cervantes lo menciona, dando claras muestras de haberlo leído: «El cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de *Apuleyo* en *El asno de oro*, que consistía en sólo comer una rosa» (*El coloquio de los perros*, 677^{a-b}). Aclara

Schwartz que «la influencia de Apuleyo en la literatura europea se hizo sentir tempranamente, por lo menos a partir de Boccaccio, quien había copiado el texto del manuscrito hallado en Montecassino». Enseguida hablaremos de Boccaccio, o remitiremos, de nuevo, a Menéndez Pelayo. Pero por si acaso se me pasase, lo recojo ahora mismo:

Juan Boccaccio, padre indisputable de la novela moderna en varios de sus géneros y uno de los grandes artífices del primer Renacimiento. Ningún prosista antiguo ni moderno ha influido tanto en el estilo de Cervantes como Boccaccio. Sus contemporáneos lo sabían perfectamente: con el nombre de *Boccaccio español* le saludó Tirso de Molina, atendiendo, no a la ejemplaridad de sus narraciones, sino a la forma exquisita de ellas. Y alguna hay, como *El casamiento engañoso* y *El celoso extremeño*, que, aun *ejemplarmente* consideradas, no desentonarían entre las libres invenciones del *Decamerón*, si no las salvara la buena intención del autor enérgicamente expresada en su prólogo: «Que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público».

Volviendo a Apuleyo, no solo se ve que está presente en el coloquio entre los perros, sino que la escena de los odres de vino (*Quijote*, I, xxxv) está inspirada en otro pasaje suyo o el *Persiles* (III-xvii) hinca sus raíces en *El asno de oro* (V-xxiii).

El caso de Aristóteles en Cervantes es inasumible porque Aristóteles llenó toda la cultura renacentista (y mucho más, claro): la educación, a partir de la más elemental, se articulaba en función de los postulados aristotélicos, de tal modo y manera que las mentalidades educadas de aquellos tiempos se formaron en la ética, la retórica y la lógica aristotélicas. Es más, la resurrección o la vuelta a cánones clásicos del aristotelismo en la segunda mitad del siglo XVI —fenómenos ambos que pervivieron hasta finales del siglo XVII— se debió a la presencia de los jesuitas. Por todo ello, no es de extrañar que las referencias aristotélicas explícitas y directas en Cervantes sean varias (*Quijote*, I-i y xxv; *Galatea*, IV, etc.) e innumerables las alusiones más o menos solapadas, producto de la memoria, o de alguno de aquellos libros «de memoria» que, como diccionarios de citas de hace poco, circulaban por los ambientes universitarios.

Sí, además, volvemos la vista a López de Hoyos y sus escritos y su biblioteca, o a lo que se enseñaría en

el Estudio de la Villa de Madrid (o lo que enseñaría López de Hoyos a cualesquier que fueren sus amados y caros discípulos dentro o fuera del Estudio), y en definitiva a todo lo que tuviera que ver con la enseñanza de los jóvenes en aquel mundo del Renacimiento, de nuevo el cingulo se sigue cerrando.

Grandes investigadores de Aristóteles y de Cervantes han coincidido, o han hallado que ellos coincidieron: la *Ética* y la *Retórica* están presentes en *Quijote*, I, xxviii y II, xix (diez años de diferencia entre un texto y el otro) o en *El curioso impertinente*, están presentes —digo— cuando se habla de bienes de fortuna y bienes de naturaleza —esto es, del azar/riqueza y lo heredado—. Concluye Aristóteles que «en resumen, como no hay felicidad sin los bienes exteriores, y estos bienes sólo proceden del favor de la fortuna, como acabamos de decir, es preciso reconocer que la fortuna contribuye por su parte a la felicidad» (*La gran moral*, II-X, versión de Patricio de Azcárate). La afirmación de don Rafael que se compara con Marco Antonio bajo el principio de que «mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe [...]» (en *Las dos donce-*

llas) está enfrentando los dos fundamentos al uso aristotélico.

No solo esa dicotomía entre lo cualitativo y lo cuantitativo (tan arraigada en el pensamiento social renacentista) hinca sus raíces en Aristóteles, sino también la permanente exaltación de las virtudes de la medianía, de la medianía social, del justo medio entre los extremos viciosos, o infravirtuosos.

¿Y qué decir del uso de Cervantes de las potencias del alma, de la división de los cielos, de que cada cosa engendra su semejante, de la imperfección-admiración del animal-mujer, de las luces del bosque (estrellas fugaces) usando descripciones aristotélicas, o de las diferencias entre poesía e historia, o la funcionalidad de la obra literaria a mitad de camino entre entretenimiento y utilidad, o las alocuciones sobre la mimesis, y toda la teoría literaria encerrada en *Quijote*, I, entre los capítulos xlvii-l y en general sus discursos sobre la poesía, que maman de la *Poética*?

Tal vez sea mera coincidencia, pero si atendiéramos a las fechas de edición de textos aristotélicos, en los años setenta y luego en los años noventa (con López Pinciano a la cabeza), podríamos concluir (aunque esto no llegue a hipótesis de trabajo) que en Cervantes

se adivinan aproximaciones a Aristóteles al son —o al tran-tran— de la edición de grandes interpretaciones del Humanismo sobre el estagirita.

Catón es, al igual que Aristóteles, manual con el que aprender a leer, escribir, entender y guiarse. Por ello, no nos ha de extrañar que Cervantes le aluda en tantas ocasiones, ante todo cuando hay que hacer alguna alusión a la prudencia, a la sabiduría en el recto gobierno. Pero de Catón circulaban antologías de sus frases, lo cual permitía adornar el discurso aun sin haberlo leído. Ello explica las alusiones burlescas, en momentos de mofa contra la erudición vacua.

En Cervantes ejerció su impronta Catulo, al que cita (en *La Galatea*) y, además, Catulo es uno de los creadores del canon poético latino que todo lo irradia en el Renacimiento. Al principio (Venecia, 1472, concretamente) se edita su poesía junto a la de Propertio y Tibulo, y así se sigue haciendo. La edición de Aldo Manuzio de 1502 fue de 3.000 ejemplares. El negocio editorial debía ser evidente, porque en 1592 Plantino se sumó al carro de los impresores de los tres autores. Más adelante, la trilogía fue aumentada con Estacio. Garcilaso es deudor de algunos *carmina* de Catulo. En definitiva, las ediciones de Catulo no serían descono-

cidas a Cervantes. Sin embargo, extrañamente, (según tengo entendido) a Catulo no se le editó en España. La primera impresión conocida en España (o una de las primeras, si es que hubo anteriores) era, en efecto, la de los *Carmina* de Brescia por Bonino Bonini y comentarios de Antonio Partenio. Luego llegaría la de 1502, en la que se publicaron textos de Cayo Valerio Catulo, con otros de Albio Tibulo y de Sexto Aurelio Propercio, recopilación que se siguió haciendo a lo largo del XVI (Venecia, 1515 y 1553; Plantino en Amberes, 1592).

El éxito de la reunión de los versos de Catulo, Tibulo y Propercio animó a humanistas como Antoine Mauret y a impresores, como Aldo y su hijo Pablo Manuzio, a dar a la luz las obras de estos romanos, en otras ediciones. *El asno de oro*, de Lucio Apuleyo, por el contrario sí que fue impreso en España en el siglo XVI [aunque Venecia, 1493 o Basilea, 1560; Sevilla, 1520-1534 (?); o en español fuera de España, Amberes, 1551], pero no se puede decir que tuviera un gran éxito.

De momento, nos quedamos en este punto, que es a lo que voy: primero, despertar el interés de cómo se comerciaba con libros por aquella Europa. Y, en se-

gundo lugar, que en Madrid, el cura de San Andrés, maestro en el Estudio de la Villa, tenía alguna edición europea de Catulo y alguna de Apuleyo.

En efecto: en su biblioteca tenía «[169] otro libro Catulo»; un enigmático «[202] Otro intitulado Loco-run catoliarun»; y «[283] otro intitulado Carmina primi Aurelio» (recordemos que Propercio se llamaba Sexto Aurelio Propercio).

Otro autor que es reiteradamente citado por Cervantes, e incluso haciendo alusión a los títulos de sus obras (en especial a los *Comentarios*), es César. El historiador romano era conocido en español ya desde 1498, año en que, en Toledo, Diego López de Toledo tradujo sus *Comentarios*. Hubo varias reediciones en nuestra lengua, dentro y fuera de España (por ejemplo, París, 1549). A su vez, Diego Gracián de Alderete editó en Barcelona, 1566 (2.^a ed., 1567) sus *De re militari*, con textos poliorcéticos de Onosandro y César, de tal forma y manera que César circulaba antológicamente, o completamente, según fuera el caso. Y, si de textos antológicos o de creación de mitos hablamos, a César se le «leería» en las compilaciones de vidas de Césares o de grandes héroes romanos de Plutarco, Suetonio u otros. César es el único César, el gran mi-

litar, ser poco claro en sus virtudes (Lía Schwartz), escritor admirable, inspirador de la buena muerte (no por la que tuvo, sino por la que confesaba a sus amigos que esperaba tenerla rápida y de repente); militar y escritor, hombre pues de armas y letras. ¿Pudo tener contactos de juventud con César gracias a las enseñanzas de López de Hoyos? Así parece ser: «[24] Otro libro que se intitula los Comentarios de César».

Ahora bien, el autor clásico que se lleva la palma es Cicerón. De él se destacan su elocuencia y, claro, la retórica, la *retórica ciceroniana*. Asimismo, el estilo en el hablar y el escribir han llegado con él «en su mayor perfección» (*Poesías sueltas*).

Cicerón era, en las primeras y segundas letras, imprescindible. Sobre sus máximas se asentaba el edificio de enseñar a los niños y a los jóvenes, a leer y comprender; a escribir, a redactar epístolas. Pero Cicerón estaba presente en los dictados de la moral o de cómo enfrentarse a las cosas de la vida (los valores en general); las prácticas de la virtud, el huir de las vanaglorias, sobre la amistad, sobre la senectud... Concretamente, además de las huellas implícitas ciceronianas en toda la obra de Cervantes, huellas procedentes, entre otras cosas, de los procesos de sociali-

zación y educación desde la juventud en adelante, el *De amicitia* ilumina tantos y tantos pasajes de la amistad en Cervantes que no tiene sentido no verlo. En otros pasajes cervantinos veremos influencias de otras obras de Cicerón, como la inútil búsqueda de la fama imperecedera, o, por ejemplo, en la búsqueda de la verdad por los historiadores, o de las enseñanzas de la Historia: porque, he de insistir en ello, Cervantes tuvo —por decirlo así—, «alma de historiador», en su estilo y sobre todo en sus preocupaciones epistemológicas. ¿En cuántos discursos cervantinos está presente un orador al estilo del *De oratore*? ¿Y las misivas quijotescas no están inspiradas en la teoría epistolar ciceroniana?

Cicerón, como Aristóteles, como todos los pilares de los cánones clásicos redescubiertos y resucitados en el Renacimiento, estaba por doquier. Incluso en algunos anaques de bibliotecas de maestros de la época. Así, en 1583, en la de López de Hoyos, había catorce obras identificables como de Cicerón. En efecto, los diez primeros libros inventariados eran casi todos de Cicerón: las *Selectas* (es admirable que en el mismo año de 1583 Pedro Simón Abril lanzó su edición en español), las *Epístolas familiares*, una primera parte de

su (¿?) *Filosofía*, un inidentificable *Primer tomo*, otro *Petro Victorio* (sé que Petro Victorio fue editor de Aristóteles y su *De arte dicendi*, pero dudo que lo fuera de Cicerón); o un ejemplar de las epístolas *Ad Aticum*; un desesperante *Tercer Tomo*; unas *Oraciones* entre los anteriores; unas *Adiciones sobre las obras de Cicerón* (que podrían ser las de Camerarius de Basilea, 1534)...

Homero es el paradigma del gran poeta épico. Con solo nombrarlo engrandece a sus continuadores (así, en el «Canto de Calíope», Diego Osorio; Juan de Córdoba —igualado con Homero y con Virgilio—; y Suárez de Sosa; en el *Viaje del Parnaso*, Rodrigo de Herrera). Igualmente, por toda su obra, aparecen metonimias mitológicas procedentes de los textos homéricos. Como bien se han preguntado diversos autores, ¿era Homero conocido directamente o por intermediarios? Y, como afina Lía Schwartz, ¿no estaría presente en Cervantes la obra de Boccaccio *Genealogia deorum*, de la que bebe Juan Pérez de Moya para componer su *Philosophía secreta donde debajo de historias fabulosas se contiene mucha doctrina, provechosa a todos estudios*, publicada en Madrid, en 1585, u otros fabricantes de mitos, continuadores de la *Ilíada* o de la *Odisea* a su manera, y que se sabe que se manejaron durante el Renaci-

miento? Así, la fuente inicial fue contaminándose, engrandeciéndose y con tal perfección adulterándose, que podía darse el caso de que se diera por «homérica» alguna situación, dios, personaje o paisaje que él nunca describió.

De hecho, podría darse el caso (como ha ocurrido, A. Marasso) de querer ver demasiada *Iliada*, *Odisea* e incluso *Eneida* como bases del *Quijote*. En el otro lado de la balanza, se podría pensar que don Quijote anduvo de verdad solo por los caminos y las gentes de su tiempo, sin plantearse que hubo lecturas que le construyeron intelectual o metodológicamente, lo cual no deja de ser sanchopanciano. La afirmación de Schwartz de que se pueden «clasificar las deudas cervantinas con Homero en dos órdenes de relaciones: por un lado, la composición del texto mismo según las reglas transmitidas para construir un discurso retórico, que ya habían sido aplicadas por los escritores romanos a la creación poética; por el otro, la imitación paródica de ciertos motivos épicos centrales que entran a formar parte del argumento de la ficción [cervantina]», es plenamente acertada. Así como que no se debe perder de vista el arranque del *Quijote*, citando a Homero y la tradición de su transmisión, y reescribiéndolo desde

una transmutación, paródica y grotesca si queremos, de la *Odisea*...

Si a lo anterior añadimos que López de Hoyos, parece ser, no tuvo ninguna obra de Homero, el descubrimiento por Cervantes del griego, ya dejados atrás los años mozos, y la influencia que ejerce sobre él resultan más atractivos y podrían descubrir un rasgo propio de nuestro escritor, no adquirido de su preceptor.

Un autor de incidencia repetida en Cervantes es Horacio. Le rinde homenaje en el «Canto de Calíope», *Quijote*, I, 149, en *El coloquio de los perros* y en *Quijote*, II, viii y xvi.

A veces la insistencia en la defensa de la medianía social tiene raíces aristotélicas y, a veces, de defensa del mundo postconverso..., pero también es una recreación de la *Oda* I, 4 de Horacio, *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas / Regumque turres* («La pálida muerte pisa con igual pie las chozas de los pobres que los palacios de los ricos»), tan recreada en *Quijote*, II, xx («que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres»); II, lxxvii (dice Sancho a su manera lo mismo: «Y por las pastorales chozas como por los reales palacios»); II, lxxviii («la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas

de los pastores)). Horacio bucólico aparece en *Gitanilla*, preliminares del *Quijote*, etc., cuando se está añorando la vida retirada para poder escribir a gusto, sobre todo poesía; al hacer símiles de la obra de arte como un ser vivo —idea aristotélica y horaciana—; el pintor y el poeta, la poesía como la pintura; el pintor y el escritor «todo es uno»; la exaltación de la poesía como una hermosa doncella que no quiere ser traída o llevada, ni manoseada; y así más y más. En otros pasajes resucita la *Oda*, III, I (dedicada a la tranquilidad del ánimo, que empieza: «Odio al vulgo profano, y lo rechazo. Favorecedme con vuestro silencio...»). No es de extrañar: Horacio desarrolla aún más su incapacidad de hacer sátira o maldecir, o de dejarse llevar por las diatribas, a un ser vivo por lo vulnerables que somos, por el daño innecesario y gratuito que se puede hacer.

A Cervantes llegó Horacio por sí mismo, o por los comentarios que de él se hicieron en el Renacimiento. Pero también, ¿por qué no?, por medio de López de Hoyos: «[332] Otro libro intitulado la comica de Horacio»; «[337] Otro libro intitulado Horacio comentado»; «[368] Otro intitulado Horacio con comentun»...

Además, por ejemplo, en Madrid en 1586, para examinar al nuevo maestro de Gramática del Estudio,

a los cuales [opositores] se les señalaron puntos y lecciones en esta manera: el padre fray Jerónimo de Guevara tomó un libro pequeño en las manos intitulado *Horacio*; y entró un niño y tomó un cuchillo en las manos y, con la punta, abrió el dicho libro la primera vez. Y se señaló por primer punto en el primero libro de las odas, la oda 37, y en ella se puso un papelito blanco. Y luego tornó el dicho niño y, con la dicha punta del cuchillo, abrió por otra parte el dicho libro...

y así hasta tres veces.

Desde los estudios de Riley es lugar común que hubo una obra de teoría poética que sirvió de libro de cabecera a Cervantes: se trata de la *Philosophia antiqua poetica*, publicada en Madrid por Tomás Junti en 1596. Ciertamente pudo ser así («fuente básica de Cervantes en teoría literaria» escribió en 1987 Eisenberg), aunque escriba el Pinciano que «Horacio fue brevísimo, oscuro y poco ordenado». Dichas sean dos cosas de paso: Pinciano prefiere a César Escaligero y la *Philosophia antiqua poetica* estaba dedicada por el médico vallisoletano (al que en 1953 Eisenberg ideó que conoció Cervantes) a Hans Khevenhüller, embajador imperial.

Pinciano era el médico de la emperatriz María. Pinciano y Hans se conocerían muy bien (de hecho, Hans era un hipocondríaco con justificación). En la obra aparecen otra vez los principios enunciados antes que pueden ser leídos desde la teoría literaria —por supuesto—, pero también desde la taciturna queja de los descendientes de conversos sobre la estigmatización y desde la autodefensa. Pinciano busca al embajador imperial como escudo y protección; busca aparecer de entre los suyos (que eran, ahora mismo, la emperatriz viuda María y que serían en tres años, la próxima reina de España, aunque esto no lo podía saber todavía).

Cuando el embajador imperial muere (4-V-1606), a la almoneda de sus bienes asiste su buen amigo el marqués de Falces, que compra entre otras cosas un «águila cuchillera dorada y estofada, con un coronel con cuchillos y un tenedor, con 16 piezas. Gastó en ello 8.500 mrs. (ent. 11)». ¡Adviértase que en los brazos de este marqués de Falces murió a finales de junio de 1605, en la casa de los Cervantes en Valladolid y en presencia de Miguel, el calavera de Gaspar de Ezpeleta! ¿No contaría este suceso el bueno de don Diego de Croy y Peralta —marqués de Falces— a Hans? De hecho, unos días después de la cuchillada a Ezpeleta (27-VI-1605) don

Diego asiste como testigo, ni más ni menos, que a la redacción del testamento de Hans, en Valladolid (6-VIII-1605). Al fin me quedo tranquilo: Cervantes y Hans se conocieron, aunque solo fuera de oídas. Lástima que Hans no comprara un recién publicado *Quijote*, porque en el inventario de su biblioteca (primavera de 1606) no hay ninguna alusión a Cervantes.

¿Y Cervantes y el Pinciano se conocerían? Aunque no hay certeza en ello, lo que sí es interesante que si el uno escribió la *Numancia*, el otro se descolgó con el *Pelayo* (Madrid, 1605)...

La poesía satírica de Juvenal está explícitamente recogida en una alusión de Cervantes, cuando don Diego de Miranda —el Caballero del Verde Gabán— presenta a su hijo Lorenzo (*Quijote*, II, xvi) y lo hace de manera despectiva por sus ansias de discutir o hacer crítica literaria de los antiguos. Es el pasaje en el que se habla de Persio, Juvenal y Tibulo, que llegan a los libros de lectura escolares, o a las recopilaciones antológicas del Renacimiento, unidos. Y como ha demostrado Lía Schwartz, no es solo en este pasaje en el que Cervantes está aludiendo a Juvenal, sino que ocurre otro tanto, de manera implícita, en *El coloquio de los perros* o *Viaje del Parnaso*.



Eugène Louis Lamy, *Poesías de don Lorenzo, hijo de don Diego*, edición de París, 1821.

Como anillo al dedo le venía a Cervantes aludir a la opinión de Juvenal sobre la poesía de su tiempo. Qué duda cabe que Cervantes, al emplear la *auctoritas* del poeta romano, está haciendo suyos esos principios. Mas tampoco puedo entender exento de carga social contra la maledicencia anticonversa el que una y otra vez Cervantes exhorte a que no se hagan críticas gratuitas, ni satíricas para denostar al vecino... «De linajes no disputes, Sancho» tiene el mismo sentido que el aserto de Cipión, «consentiré que *murmures un poco de luz* y no de sangre; quiero decir que *señales y no hieras ni des mate a ninguno en cosa señalada*: que no es buena la murmuración, aunque haga reír a muchos, si mata a uno». Entre los libros de López de Hoyos, había un «[339] Juvenal comentado». Igualmente, un único ejemplar [203] de Persio.

Séneca, al que cita junto a Plauto y Terencio «y otros griegos que tú sabes» (*Rufián Dichoso*, v. 1239), jugó un papel esencial también en la formación de los jóvenes de la España del XVI. Las primeras ediciones modernas de las obras completas de Séneca son de Erasmo (Basilea, 1515) y ciertamente de muy mala calidad de impresión. Luego siguieron otra de 1529 del mismo Erasmo y, a partir de ahí, compendios y anto-

logías. Juan Martín Cordero fue el traductor al español (en Plantino) en 1555 de Séneca. El Séneca del siglo XVI, de la segunda mitad del siglo XVI, es un Séneca cristianizado y su estoicismo está a punto de abrir las puertas de la revolución cultural del siglo XVII, donde senequismo-tacitismo y estoicismo son difíciles de separar. No es de extrañar que la eclosión de ese senequismo dejara abiertas las puertas para una gran edición (Plantino, Amberes, 1605) de la mano de otro de los grandes estoicos del siglo: Justo Lipsio.

Por todo esto, resulta interesante el desapego de Cervantes a Séneca: solo una cita en toda su obra y de pasada, cuando el personaje Comedia huye de sus graves preceptos en *El rufián dichoso*.

López de Hoyos solo poseyó un séneca (n.º 40).

Una de las carencias u omisiones más extrañas en toda la obra de Cervantes es Tito Livio. Ciertamente, no solo por la importancia del escritor paduano durante el Renacimiento, sino también por las veleidades historicistas del alcalaíno. De Tito Livio había innumerables copias manuscritas de sus *Décadas* y ediciones impresas también. He de decir que llama la atención el alto número de sus incunables. Es más, en Santa Engracia de Zaragoza estaba el fraile Pedro de

la Vega, OSH, que fue, junto a Francisco de Enzinas, traductor del historiador. Se cuenta que en el convento estuvo recogido en 1529 Carlos V, durante la Semana Santa, y que entonces el traductor le dio un ejemplar de su obra. Quiere decir todo esto que, en absoluto, la obra de Tito Livio pasó inadvertida por la España del siglo XVI. Como en su día puso de manifiesto Rosario Delicado (en su tesis doctoral, 1991), en bibliotecas españolas se conservan 34 manuscritos de las obras de Tito Livio anteriores al siglo XV; en su mayor parte en El Escorial.

Con respecto a los impresos derivados de las *Décadas*, en 1550 ya había un *Compendio de las décadas*; en 1531 en Roma se publicaron unos discursos de Maquiavelo a la primera década; en 1537 en París Henricus Glareanus imprimió una cronología de la Historia de Roma basándose en la *Ab Urbe condita*. Poco después Rhenanus hizo lo propio con unas anotaciones, por no hablar de antologías individualizadas o colectivas y así sucesivamente.

Pero es que, además, López de Hoyos poseyó varios libros (n.^{os} 25, 26, 27, 28 y 441) de Tito Livio, aunque el escribano anotara «Otro libro que se intitula 'Titulillo'» (!). No creo que se tratara de libros de

«titulillos» de los estudiantes del Estudio de la Villa, sino de *titolivos*.

Otro tanto se puede decir de Salustio. Nunca citado por Cervantes (hasta donde yo sé), resulta increíble que no lo conociera. Además, de nuevo, López de Hoyos poseyó cuatro salustios, uno de ellos con «comento».

Y la lista podría seguir, haciéndose interminable. Ahí están los libros de Salustio en la biblioteca de López de Hoyos (39, 270, 306, 318; por eso me extraña que no lo recoja Cervantes); allá el matrimonio hecho por Cervantes entre Luis Cabrera de Córdoba y Tácito en *Viaje del Parnaso*; y todo lo demás que queda huero.

EL «AUTILLO» INQUISITORIAL DEL DONOSO ESCRUTINIO

No es el *Quijote* un libro hecho con libros ajenos, sino que todo Cervantes es un repertorio de libros andantes en sus tiempos. Y, como hemos visto, no solo de libros impresos, sino de manuscritos también. Porque circulaban por miles: de hecho el mismísimo *Quijote* anduvo de mano en mano antes de ser impreso; y unos cuentos acá, u otros allá, e incluso trozos

sueltos de lo que escribió Cervantes se leerían en corrillos, o en silencio, como habían hechos los hombres y las mujeres desde que se dieron a leer. Las cosas no podían cambiar de la noche a la mañana, de un lado de la frontera a la otra, de golpe y porrazo por el invento de Gutenberg.

De ello —refiriéndose a otras obras o a la suya propia— es testigo y pregonero Cervantes. Esto es de capital importancia, porque quiere decir que el no saber leer no tenía por qué significar que el individuo estuviera al margen de lo escrito. Lo estaba, directamente por su supuesto; pero no indirectamente, en términos absolutos.

Ahora bien: no por leer se pertenecía a un grupo social. En todo caso, se formaría parte de un aglomerado social, en términos sociológicos. A un añadido de individuos que ni tenían objetivos comunes, ni caminos comunes para alcanzar esos (inconsistentes) objetivos. Eran gentes que, sencillamente, sabían leer. O escuchar y reír, o llorar, o sufrir.

Un grupo social es algo más complejo que la agregación temporal, esporádica y circunstancial de varias personas. Es más un grupo social la masa informe que acude a ver un partido de fútbol (por lo menos com-

parten símbolos, algunos razonamientos y el objetivo final), que un corrillo de personas que leyeran o que les leyeran las cosas. El grupo se constituiría, en todo caso, si hubiera una funcionalidad en el leer, en los que se aprendiera (o deleitara) al leer: si después de que les leyeran (no todos los del corrillo son «lectores» a la moderna usanza adjetivadora, sino que el que lee lleva la voz cantante —y nunca mejor dicho— y los demás escuchan, gesticulan, articulan, sienten y padecen según las indicaciones o capacidades de convencer del que lee) un texto salieran a perseguir infieles, o a poner pleitos, serían ahora un grupo social.

Pero no es lo mismo estar sentado y oyendo que ser lector.

Por cierto: ahora se descubre que, como se leía en corrillos (lo han llamado «lectura sonorizada»), uno de los antiguos índices usados por investigadores para ver si se leía y qué se leía, la posesión de libros, ya no sirve porque los libros se conocían en esos corrillos. Claro que, a su vez, en el baile de máscaras de las lecturas y los lectores, se discutió arduamente sobre si tener un libro era suficiente indicio de haberlo leído. Musas concluyeron que sí. Y entonces, Calíope les advirtió, pero ¿había entendido el lector lo que el autor quiso trans-

mitirle? Y en semejante proceso de aprehensión de nihilismo, sin haberse leído los preliminares de *Quijote I*, se llegó a sesudas conclusiones, de la sinrazón de la razón y no sé que más..., o qué menos. O no lo sé.



Anónimo, *Un caballero lee un libro a una dama*, edición de México, 1842.

Es como ahora, que se discute cuántos lectores de periódicos hay al día y que no es lo mismo cuántos ejemplares se venden en los kioscos, que cuántos los leen, porque hay diarios más «familiares» que otros. Por decir algo sesudo.

A muchos investigadores, formados en los planes de estudios públicos y homogeneizadores, no se les pasó por la cabeza que, en efecto, otro mundo era posible. Que todas esas preguntas que se hacían en el siglo XX no tenían más perspectiva que la que hay entre la hoja en blanco y la mano que la garabatea.

¡Pero se llegó a echar medias, modas y desviaciones estándares de los libros que se tenían por oficios y aun por idiomas, o por materias! Y no comento las clasificaciones de las materias.

Don Alonso Quijano, antes de ser don Quijote, era un hidalgo de aquellos de mediano pasar que no parece que tuvieran ganado mayor de labranza, ni menor, pero sí algunas fanegas de tierra —de sembradura y es de suponer que viñedos también—, para su subsistencia. Le ayudaban, en las cosas de la vida y la casa, un ama y su sobrina y un escudero. Vivía de las rentas que le daban sus tierras, como correspondía a ese tipo de hidalgos rurales. Vida, pues, sometida a los ciclos exis-

tenciales de la Naturaleza, que imponen tiempos de extenuante trabajo para los jornaleros y de larguísimo ocio para todos. En estos periodos de ocio, don Alonso leía. Pero el leer le admiró tanto, que se olvidó de administrar sus rentas, reproche que de pasada le hace su creador, Miguel de Cervantes. Y no solo eso, sino que para colmo de males, además, para comprar libros, vendió algunas fanegas. Así que el hidalgo manchego, que compraba y vendía tierras para satisfacer sus demandas de ocio o de sabiduría, y que administraba sus propiedades, de ninguna manera vivía «al margen de una economía monetaria».

En aquella España «empadronada» se vivía, ¡y tanto! sometidos a los problemas monetarios, del pago de los intereses a los asentistas internacionales, del abono de los servicios al rey votados en Cortes, de las compras y ventas de jurisdicción, de los títulos de regidores, escribanos, contadores rurales, y mil cosas más: en aquella España, un hidalgo manchego vivía bien dentro del mundo, y del mundo de las economías monetarizadas.

Por ende: el señor Quijano, o como se llamara, hidalgo que huelga decirlo no tenía jurisdicción sobre vasallos, se aburría mucho. Y tanto se aburría que se pasaba el día leyendo. No leía para formarse, sino para



Tony Johannot, *La biblioteca de Alonso Quijano*,
edición de Barcelona, 1848.

entretenerse. Y leía los libros de «tan de ordinario», que a buen puerto no iba a llegar. La lectura de los libros de este hidalgo manchego, en tanto que eran libros de entretenimiento, no podían servirle para mucho. Solo para perder el juicio. Como así le pasó: «Muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales, arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes» (*Quijote*, I, v). Dicho sea de paso, que el bueno de Quijano, o Quijana, ya traía malo algo dentro de sí y solo necesitaba un empujoncillo para caerse

en el barranco de la locura. No era el primer libro que se escribía sobre la locura, ni sería el último, claro. De Erasmo a Jerónimo de Mondragón (y su *Censura de la locura humana y excelencias de ella*, Lérida, 1598).

Tales libros, se lamentaba el ama, han echado a perder «el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha» (por cierto: también era delicado el entendimiento de Juana I y también se esforzó el marqués de Denia de ocultarla de la maledicencia de los tor-desillanos, para preservar su dignidad, como hizo el vecino Pedro Alonso con Quijano cuando lo encontró alucinando tendido en la tierra, «pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero...»).

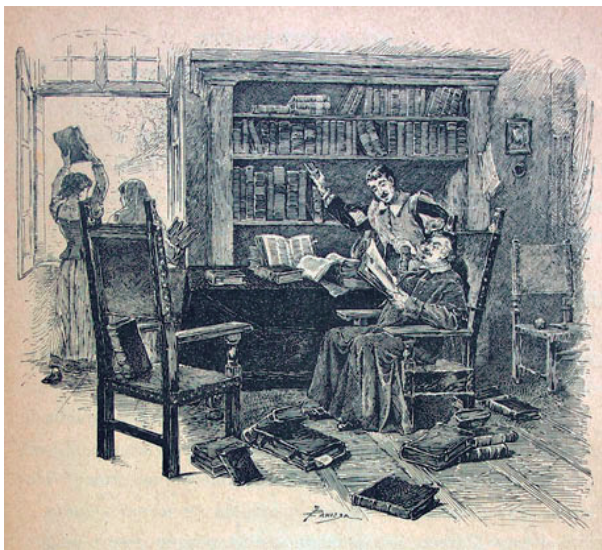
Por cierto: ¿no quedará en algún archivo de protocolos notariales, incluso en los archivos de La Mancha, algún rastro de la venta de esas fanegas por don Quijote a un labrador de buena hacienda? ¡Sería un ‘bombazo’ hallar ese documento! Así podríamos saber de una vez «la manera cómo el hidalgo compró tantos y tan caros libros» (esa cita, avisado lector, es un metatexto).

Los libros de caballerías; los libros de entretenimiento solo tenían un destino, y este lo trazó el ama

pronunciando la terrible sentencia inquisitorial: «Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros»; no hizo falta decir *tales libros del Diablo*. A la sentencia se une la otra fiscal, la sobrina, «y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes». Y participa de ella el cura, formado en Sigüenza (¡qué gran obispado con la cuidada política para pobres de don Lorenzo Suárez de Figueroa, tres lustros atrás!), «que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público y sean condenados al fuego».

Carmen Marín Pina ha puesto de manifiesto, bellamente, cómo Cervantes, al hacer enloquecer a Quijano por leer libros de caballerías, da la razón a todos los moralistas que perseguían esa forma de creación.

En fin, el día del auto de fe llegó. No iba a ser tan aparatoso y simbólico como el de Ricci de 1680. Era más modesto, más manchego. Aún dormía el caballero enajenado, cuando aparecieron sus inquisidorcillos. Uno de ellos, era maese Nicolás. Maese Nicolás solo tiene esta patética aparición en la obra. Es para quemar libros. Maese Nicolás era barbero, algo menos que el cirujano, padre de Cervantes.



Jaime Pahissa Laporta, *El cura revisa los libros para el escrutinio de la biblioteca*, edición de Barcelona, 1904.

Todos los libros estaban en un aposento, esto es, en una habitación. La sobrina les dio las llaves y allá toparon con «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños». ¿Solo cien a los ojos de los inquisidorcillos?; ¡pero si el hidalgo los

estimaba en más de trescientos, «que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida»!

(Muchas de estas páginas se han escrito frente al cuadro de Modesto Lafuente —de Asterio Mañanos, 1928— que preside la Sala de Lectura de la Real Academia de la Historia: en su gabinete, mientras debe de estar escribiendo la memorable *Historia de España*, no tiene más de una sesentena de volúmenes).

Nada más verlos, la sobrina salió del cuarto, como alma que lleva el diablo a buscar agua bendita y un hisopo. Iba a empezar la exorcización de aquellos escritos enloquecedores, de aquel habitáculo en el que podría haber fantasmas. Pero el inquisidor, más sereno y sensato que la sobrina, mujer y joven a fin de cuentas, se sonrió de su simplicidad, como tantas veces hicieron los inquisidores y, por el contrario, le dijo al barbero que le fuera pasando los libros, uno a uno, «pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego», como otras veces dirían los inquisidores. Sin embargo, la simplicidad habló y abogó por la quema indiscriminada de todo. Y habló la simplicísima segunda inquisidora y se puso en lo mismo, «tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes». Templó gaitas el cura, inquisidor con estu-

dios en esta escena, pues quiso oír por lo menos los títulos de los libros.

Y es así como empezó el donoso escrutinio, la que-
ma más famosa de libros de la Historia de España,
más aún que la de los coranes de la Bibarrambla en
Granada y por Cisneros.



Anónimo, *El escrutinio*, edición de Madrid, 1735.

El *Amadís de Gaula* se salvó, aunque en primera ins-
tancia el cura estaba por la labor de quemarlo, por ser
«el primero» y «dogmatizador de una secta». Pero el
juicio del barbero fue redentor: «Que también he oído

decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar». Efectivamente, el regidor de Medina García Rodríguez de Montalvo se dedicó a recopilar una vieja tradición tardomedieval de textos que narraban las hazañas de un tal Amadís de Gaula (con muchas reminiscencias artúricas) y dio a la imprenta su libro en Zaragoza, 1508.

En muy breves palabras, como lo sabe hacer Cervantes, cuya capacidad de síntesis es portentosa y proverbial, nos da los datos clave: efectivamente, el *Amadís* fue el primero (y debemos subrayar la novedad que se ha adueñado de Cervantes) y a él siguieron los demás (reconoce la excelencia). Había que salvarlo del fuego, y esto lo sabían los lectores y las lectoras del 1605, porque era inmensamente popular, con más de veinte ediciones en un siglo. Además, fue continuado —malamente, en el decir de los historiadores de la literatura—, de mil maneras diferentes (¡como le ha pasado a don Quijote por resucitadores e imitadores de todos los tiempos!), concretamente en doce títulos más; pero el *Amadís* refundido de Montalvo logró convertirse en un manual de caballería y de cortesanía: publicado a la vez que la versión de tragicomedia de *La Celestina*, 1508 y

1507, respectivamente (¡y por el mismo impresor, Jorge Coci, en Zaragoza!), los mundos que transmiten uno y otro libro son distintos, de ensoñaciones diferentes, más agradables en el uno, trágicos, sin duda, en el otro.

El libro que tenía Quijano partía de una edición de 1508, porque el libro que cogen en sus manos es *Los cuatro de Amadís de Gaula*, o sea, Garci Rodríguez de Montalbo, *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*, Zaragoza, 1508, aunque hubo muchas más ediciones.

Junto al *Amadís*, estaba la continuación (su libro quinto), las *Sergas de Esplandián*, de Montalvo también, pero que fue quemado. Una pena: en ese libro se contaba que «a la diestra mano de las Indias hubo una isla, llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese...» (por Leonard, p. 54, que da más luz a la vida de las californianas y otros seres de ficción en sus continuaciones).

Seguía en la colocación el *Amadís de Grecia*, al que escoltaban en el mismo estante, o por mejor decir, «todos los deste lado», otras continuaciones, otros que «son del mismo linaje de Amadís». Eran muchos libros..., ¡una colección entera de libros de caballe-

ría!, que el ama los tiró por la ventana también para que hicieran pira.



Ricardo Balaca y Orejas Canseco, *Pira de libros en el escrutinio*, edición de Barcelona, 1880-1883.

¿Cómo se atrevían a decir que no servían para nada estos libros? Pero ¿no eran bastantes los ejemplos en los que se veía cómo su lectura insuflaba los ánimos más decaídos? ¿Cómo voy a olvidarme de Bernal Díaz del Castillo en la *Verdadera historia de la Conquista de Nueva España*?

Desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...] y aun alguno de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello [...]

Al escritor Antonio de Torquemada le dieron una de cal y otra de arena. Su *Historia del invencible caballero Don Olivante de Laura, Príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser Emperador de Constantinopla*, Barcelona, 1564, es calificada como «tonel» y, junto al *Jardín de flores (Jardín de flores curiosas, en que se tratan algunas materias de humanidad, philosophia, theologia y geographia, con otras curiosas y apacibles*, Salamanca, 1570), definida como «no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso», aunque lleva la peor parte el segundo, que acaba en el corral «por disparatado y arrogante».

El siguiente es una buena muestra del inmenso caos en los inventarios de libros, del que sabe reírse Cervan-

tes. Se va a echar al fuego un *Florimorte de Hircania*. Pero nunca se publicó un libro de caballerías con ese título. Lo más parecido es el de Melchor Ortega, *Felixmarte de Hircania*, Valladolid, 1556. Pero, para que no nos quede duda a los lectores de que él sabía de qué va el libro, nos deja pistas, «pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora ama».

Y así fue siguiendo el escrutinio, con solo una ¿despectiva? alusión a los títulos de los libros, con alguna orientación sobre sus contenidos, sobre algunos datos más de sumo interés, pues refleja las inquietudes del creador, como, por ejemplo, «pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—, mas no le entiendo» y sigue la opinión de que es imposible traducir poesía a otra lengua; o se forma un montoncillo con los libros franceses, «todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí y a otro llamado *Roncesvalles*; que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna».

Durante el inventario de los libros hay certeras pistas sobre los libros que se están escrutando («éste es *El Caballero Platir* —dijo el barbero—» y se trataría sin duda de *La Crónica del muy valiente y esforçado caballero Platir, hijo del emperador Primaleón* (Anónimo, Valladolid, 1533); o también, «éste es *Espejo de caballerías*», sin duda el *Espejo de caballerías...* (Anónimo, Sevilla, Juan Cromberger, 1533, BNM R-2.533), del mismo modo que el desocupado lector se perdería entre las posibilidades que ofrecía la memoria, por un momento, resbaladiza de Cervantes, lo cual nos induce a pensar que leyó los libros de caballería muchos años atrás, sin desvincularse de su existencia, de su título, de haberlos tenido en sus manos, pero ya en tenues recuerdos («abrióse otro libro y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*», que bien podía ser Alonso de Salazar, *Libro del invencible caballero Lepolemo*, Sevilla, Francisco Pérez, s. a., BNM R-12.646, como Pedro de Luján, *Libro segundo del esforçado caballero de la Cruz Lepolemo, príncipe de Alemania...*, Toledo, Miguel Ferrer, 1563, BNM R-34.804).

En este orden de cosas, el *Bernardo del Carpio* anterior podría ser Agustín Alonso, *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio*, Toledo, 1585; el *Roncesvalles* era, con toda probabilidad, Fran-

cisco Garrido de Villena, *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los doce pares de Francia*, Valencia, 1555, y segunda edición en Madrid, 1579: «Antiguo libro es ése —dijo el cura—, y no hullo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica».

Igualmente, durante el inventario se pierden las pistas:

Aprovecha la aparición de un *Palmerín de Oliva* y otro de *Inglaterra* para condenar al uno e indultar al otro, incluyendo una anécdota de Alejandro Magno y los escritos de Homero, que se había de bien guardar. En fin: tenía prisa el cura y de nuevo pidió fuego a diestro y siniestro, momento en el que de soslayo Cervantes apunta algunas normas para hacer buena literatura:

Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

Pero maese Nicolás, que no anda con tanta prisa, pide indulto para «el afamado *Don Belianís*, indulto concedido por el cura, al uso de las licencias dadas por los inquisidores a algunos lectores para algunos libros, de manera magistral:

Pues ése —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tened-los vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno.

También estaba ya cansada el ama. Es un capítulo en el que la fiscal y el juez se cansan. Así que hizo un ható con otros ocho libros grandes (¡cómo se fija Cervantes en el tamaño de los libros!) y lo tiró por la ventana, con tan buena fortuna para uno de los impresos que fue a salirse y caer a los pies del barbero, que, preso de la alegría, también lo indultó el cura: se trataba de la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. De nuevo, una lección de composición literaria:

Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

Concluido el escrutinio de los libros grandes, empezaron por los pequeños. Afortunadamente para comentaristas de hogaño, los impresores tuvieron a bien imprimir los libros de caballerías en folio, de tal manera que todos se ponían juntos en el mismo estante. Todos, a excepción de una cierta mofa de esos libros que salió a la venta en 1605 y que era más pequeño.

El primero de los libros de la nueva tanda que pasan a examen era la *Diana* (no era la primera vez que el desocupado lector se encontraba con la Diana, pues ya había salido en *Quijote*, I, v), que, por ser de entendimiento, se debía salvar. Pero claro, exclamará la sobrina, que ¡cómo se van a salvar estos libros, no sea que Quijano recupere el juicio, vea que ya no tiene los de

caballerías y decida hacerse pastor, o «lo que sería peor, hacerse poeta; que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza»!, a lo que accede parcialmente el cura, porque decide salvarlo, aunque quitándole algunas partes, censurándolo, «que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros». Se refería Cervantes al Libro VII y, en cualquier caso, una lástima que no recogiera la anécdota de la visita que hicieron Margarita de Austria y Felipe III en 1602 en Valencia de Don Juan a Diana de Montemayor, según dejó escrito fray Jerónimo de Sepúlveda *el Tuerto* en su *Historia de varios sucesos*.

La azarosa tarde inquisitorial seguía adelante, aunque iba muy avanzada. Se salvó la de Gil Polo, pero se quemó la segunda del salmantino (que era Alonso Pérez, *Segunda parte de la Diana de Jorge de Montemayor*, Madrid, 1585, BNM R-11.641) y se entregaron al brazo secular (la Inquisición nunca ejecutó a nadie, pues no era competencia suya: entregaba los reos a la justicia del rey para que cumpliera la sentencia) del ama libros que no se explican las causas de su destino. Estos que se siguen son: *El Pastor de Iberia* [Bernardo de la Vega, *El*

pastor de Iberia, Sevilla 1591], *Ninfas de Henares* [Bernardo González de Bobadilla, *Primera parte de las Ninphas y pastores de Henares*, Alcalá, 1578] y *Desengaños de celos* [Bartolomé López Enciso, *Desengaño de celos*, Madrid, 1568].

Se liberan de las llamas, con encendidos elogios, *Los diez libros de Fortuna de Amor* [Antonio Lo Frasso, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, Barcelona, Pedro Malo, 1573, del que hay un ejemplar en la BNE, que perteneció al heterodoxo Luis de Usoz, BNM U-7057]. Es único por sus calidades, o «joya preciosa», *El Pastor de Filida* [Luis Gálvaez de Montalvo, *El pastor de Filida*, Madrid, 1582]; aun reconociendo los altibajos de sus contenidos, pero qué remedio, pues se trata de texto recopilatorio, tampoco se quema el *Tesoro de varias poesías*, de autor amigo del cura [Pedro de Padilla, *Tesoro de varias poesías*, Madrid, 1580].

Y continúa en aumento la excitación creadora, el guiño que nos hace por siglos y siglos de permanencia del libro impreso: no se echa al fuego *El Cancionero* de López Maldonado [Gabriel López Maldonado, *Cancionero*, Madrid, 1586, BNM R-2.327], entre otras cosas porque «también el autor de ese libro —replicó el cura— es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye; y tal es la suavidad de la voz

con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guárdese con los escogidos» y, entonces, llegamos al culmen de este repaso crítico a la creación literaria:

—Pero, ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* [Alcalá, 1585], de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y, entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place —respondió el barbero—,

para seguir con la apoteósica liberación de los tres famosos:

Y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla [varias ediciones]; *La Austriada*, de Juan Rufo [1584], jurado de Córdoba, y *El Monserrato*, de Cristóbal de Virués [Madrid, 1587], poeta valenciano.

—Todos esos tres libros —dijo el cura— son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

En fin, ya cansado el cura, que no quería ver más libros, iban a echar al fuego el último, pero se encontraron con uno más, *Las lágrimas de Angélica* [Luis Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, Granada, 1586], cuyo autor «fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio».

En efecto, con esta referencia que no es sacada de ningún diccionario de citas, de ninguna floresta erudita, Cervantes deja entrever que conoce las traducciones de Barahona de Soto. Hoy en día se aclara ese concepto de «traducciones», que más bien se interpretan como el uso que hace de los textos ovidianos para recrearlos desde su experiencia personal. Eso por un lado; pero, por otro, no debemos perder de vista, como se ha hecho hasta ahora, la trascendencia que tiene el que Cervantes cite aquí a Ovidio y a Barahona de Soto: sin duda es una reminiscencia de su caracoleo andaluz,

donde (esto es solo una hipótesis de trabajo) no se limitó a recaudar vinos, aceite o trigo, sino que para matar el tedio y el aburrimiento se dedicó a leer, como su criatura Quijano, y a entrar en contacto con todos cuantos supieran leer silentemente y escribir para el público. De hecho, al parecer, según ha escrito Antonio Cruz Casado, «uno de los focos más importantes de cultivo de la fábula mitológica se sitúa entre los poetas del círculo granadino, en la segunda mitad del siglo XVI, donde encontramos una gran actividad lírica centrada en torno a Gregorio Silvestre y a otros poetas que gozaron de su amistad [...] entre los que figura Barahona [...]» (en su edición de las *Fábulas mitológicas* en cervantesvirtual.com). Así sí que podemos entender aún más a Cervantes: vivió dando vueltas para recaudar, que era el medio que usó para vivir (y no el fin). El fin sería, en la seductora e inmensa Andalucía, leer como en Roma, todo lo que se pudiera leer.

Al final, de aquel centenar de libros que tenía el hidalgo, solo nos queda para la gloria y la fama una treintena, pero bienvenidos sean.

No sé si la biblioteca del hidalgo era común, extraña, anodina, singular u original. Tenemos (se tiene) mucha manía en querer etiquetar y catalogar la conciencia

ajena. En los libros va mucha de la conciencia del individuo. La del hidalgo era su biblioteca, el «regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida». ¿A qué más?

Como otros muchos colegas, he tenido la fortuna de ver en escrito centenares de bibliotecas de los siglos de oro. He manoseado los libros aquellos. En ocasiones, he sentido cierta proximidad, o admiración por los individuos a los que, sin poderlos conocer nunca, les he dedicado a sus vestigios horas y horas. Uno de ellos es un gran humanista, Enrique Cock, que nos dejó rastros en su epistolario de cómo fue haciéndose con los libros, con los saberes y, finalmente, al morir (1598) se inventariaron 574 libros suyos. Y héteme aquí una anécdota que podría ser categoría científica, cual es la confusión «en el orden de los libros» entre los de caballerías y los de historia (claro que, leyendo a veces lo que se escribe de Historia, bien que algunos parecen autores de libros de caballerías..., o de bellaquerías).

Ciertamente, al contarnos lo que tiene, va anotando el escribano los que están mejor o peor encuadernados, en rama, pergamino o tablillas y manillas, y empieza la letanía de unas estanterías, repletas de libros en «Romance». Y empieza con «Palmerín de Oliva en romance», y sigue con «la historia del ynfante

luçescanio», «sergas desplandián», «primaleón de oliba», «disuarte de grecia», «el caballero de la ardiente espada», «don florisel de niquea», por cuatro veces se repite la frase «otro del dicho»; «otro del caballero de la fe», algo de desbarajuste, con libros de ingenieros, «crónico [Oroncio] fineo en latín», «Juan estoflenio» y la crudísima realidad de un inventario, escrito como mil veces más por un Humillos de las escribanías madrileñas: «Otro yntitulado moya», «otro sin título en latín», «vocabulario en griego y latín».

Pero, de repente, acaso en la balda inferior, vuelve nuestro apetecido orden, «Olibante de Laura en romance, don Belyanís de Grecia en romance, segunda parte del dicho, vn libro en francés de armas, otro en latín sin título, otro de los santos y mártires despaña en latín, otro llamado panteón en latín, otro de las cosas de francisco trevijano» y siguen un libro de unas historias de difícil transcripción y luego las «ystorias de persia» ya a punto de seguir el orden y el concierto con «otro de Cortes de Madrid, plática de procuradores para seguir pleitos cebiles, pramáticas de Madrid» y lo lógico, a renglón seguido: «Corónica del rey don Juan el segundo en romance, corónica de los reyes godos en romance».

Para certificar absolutamente que los libros se guardaban con lógica, lo que sigue es «oroncio fineo en latín, la alegación y parecer en demostración de moya, pedro nono en latín, la gera [guerra] de rodas en latín, mariano escoto, historia de sesto enpereio, las obras de mariano [...]». Y con las obras de Mariano despedimos este inventario de Madrid, de 1598.

PROCURA TENER SALUD...

En el capítulo XIV, del libro IV del *Persiles*, tiene lugar una dramática escena (que no voy a desvelar ahora a quien no la haya leído), que exhorta a semejante feliz estado del hombre: «Procura tener salud». Con las mismas palabras, me despido de ti, paciente lector, a la espera de poder intercambiar alguna opinión bien fundada (no de las necias que nos corroen a ti y a mí cuando las vemos en las redes sociales, llenas —además— de faltas de ortografía), sobre el apasionante tema de la vida social del escritor en el Siglo de Oro.

No obstante, antes de poner el pie en el estribo, te propongo unas reflexiones finales, que no es un resumen de todo cuanto querría haberte expuesto.

Cervantes no tuvo formación reglada. Se discute que si aprendió con los jesuitas, que es posible, o que si en el Estudio de la Villa de Madrid, que por cuestiones de edad es poco creíble, que si como alumno particular de López de Hoyos, que podría haber sido así.

Nunca fue a la Universidad.

Sin embargo, su infinita curiosidad y su inmensa capacidad de interrelación, su inteligencia, su creatividad, le dieron la oportunidad de exprimir al máximo los dones, las virtudes y los vicios que los cielos le dieron.

No deja de ser paradójico: el más grande escritor de nuestros tiempos, sobre todo por su desbordante humanidad y realismo, nunca estudió en la Universidad, y no se sabe si en un centro con un plan de estudios. Lo cual, es innecesario decirlo, deja a las claras que tal vez, alguna vez, pueda ser que no haya por qué comulgar con educación reglada, poco libre, para alcanzar grandes conocimientos. Pero esto no tiene sentido.

Lo que sí lo tiene es que Cervantes disfrutó de una cultura inmensa, superior a muchos de sus coetáneos de los que pasaron por la castrante Universidad, que tantas veces ha camuflado su incapacidad evolutiva tras las telas de la excelencia.

Cervantes creó todo lo que creó, al margen o fuera del sistema literario de su época, en el cual, por cierto, intentó entrar, pero fue rechazado, personal e institucionalmente. Nunca fue reconocido.

Leyó lo indecible y en muchas ocasiones leyó a los clásicos con fruición (sin duda, a Homero, Cicerón, Horacio, Juvenal, etc.); pero seguro que también citó a otros por quedar bien a los ojos de los lectores que iban a ver en qué le cazaban.

Y, claro, con esa diatriba contra la cita erudita vacía —con que abre el *Quijote*—, ¿cómo iba a tener buenas agarraderas en el sistema oficial de la cultura..., y más aún con el pasado de su padre, o las cosillas de sus hermanas...?

Sus menciones a ese medio millar de escritos y escritores pone de manifiesto que para ellos no era imprescindible andar a la última, sino conocer lo necesario: es decir, los libros perduraban y tenían actualidad por décadas: existía una viva República de las Letras internacional, por encima de barreras, religiones, economías... La República de las Letras fue uno de los agentes más potentes, si no el más potente (por encima del credo... que se fracturaba), en la construcción de la idea de una comunidad cultural-

espiritual de Europa, con capacidad de expandirse por todo el Orbe conocido.

Además, Cervantes leyó cuanto se le puso por delante. Usó cánones poéticos, prosísticos y creadores en general, como mandaban los tiempos. Pero se salió de las normas creacionales al uso.

En fin: Cervantes vivió la exclusión y es de suponer que algún día, harto ya, buscó la autoexclusión del sistema cultural; para luego querer volver a entrar. Su vida, llena de soberbia, debió ser inmensamente angustiosa y llena de contradicciones: autoexcluido, buscaba su autoinclusión en la República de las Letras. Todo apunta a que su azarosa vida respondió a esa gran tensión existencial.

A nadie se le escapa, pues, que entre las variadas virtudes de Cervantes, una de ellas fue, sin duda, la de la solidez de su cultura. No solo es lo que dice, o cómo; a quién cita o en qué momentos, sino sus disertaciones. Espléndida la reflexión sobre las armas y las letras; fabulosa la pérdida de La Goleta. He tenido la fortuna de cotejar algunos informes oficiales de las escaramuzas que hubo en Túnez y he ido descubriendo para mí a un Cervantes excelente historiador en lo epistemológico.

Según parece ser, desde la perspectiva filológica, en Cervantes no es uso común el del uso de tales influencias a hurtadillas, en enrevesadas metáforas o alegorías, poéticas o en prosa, sino que —habitualmente— se muestran esas influencias descarnadamente, claramente, explícitamente, con nombres y apellidos de autor.

Él se sabía creador enorme. Valgan como reválida de lo dicho no solo sus propios escritos, o sus ironías y diatribas antilopescas, sino las palabras que le dirige Apolo en *Viaje del Parnaso*, cuando le solicita su ayuda y le invita a subir a su galera de versos compuesta y le llama «raro inventor», socorro contra aquel escuadrón de «veinte mil sietemesinos / poetas»; que son, además, «canalla inútil» que no se merecen estar ni a la sombra de Cervantes... ¡«poetambres»!

Si el «Canto del Calíope» es la síntesis de la poesía en sus días iniciales de autor, el *Viaje del Parnaso* es la síntesis en los días finales. En el *Viaje* salen otros cuatrocientos autores, no solo poetas, por cierto. Ahí está la exégesis dedicada al historiador Cabrera de Córdoba, tan acertada y rica, al mostrárnoslo como uno de los primeros tacitistas:

El gran LUIS CABRERA, que, pequeño,
todo lo alcanza, pues lo sabe todo;
es de la historia conocido dueño,
y en discursos discretos tan discreto,
que a Tácito verás si te le enseño.

Por lo tanto, Cervantes creó, aquí también y como en tantas cosas de su vida tras el cautiverio de Argel, un producto cultural «de frontera», efectivamente, de frontera entre la costumbres y el paradigma habitual de los libros de caballería tradicionales, por ejemplo, que eran ante todo de entretenimiento por vía de la exageración y del humor, hacia un modelo de narración nueva que en él se consolida y de la que, desde entonces, casi todos han mamado algo: la novela.

Y al hablar de libros de caballerías, Cervantes vuelve a revolverse en la rueda de su creatividad ingente: está haciendo un libro de caballerías, en el que muchos de sus personajes han leído —y saben— qué son los libros de caballerías... y conviven con el caballero andante, o viven escenas de la caballería andante. Pero se van a autodestruir todos.

Finalmente, lo que podemos preguntarnos con admiración hacia la capacidad intuitiva y de *disimulación*

de Cervantes es ¿hasta dónde usó a los clásicos que le venían bien para utilizarlos, no solo como fuentes de inspiración literaria o creadora, sino como parapetos en los que refugiarse en sus ácidas denuncias de la España social de su tiempo? Clásicos y descendientes de conversos: esa es la cuestión. Como lo es ironía y erasmismo, o heterodoxia.

BIBLIOGRAFÍA

«Aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote»; y aunque parezca que soy padre, no soy sino padrastro de estas páginas, porque las encontré sueltas en unos tenderetes, las reuní y les di cierta homogeneidad. Llámese a uno de esos tenderetes *Qui ante nos fuer*, llámese al segundo la edición de Florencio Sevilla de las *Obras Completas* de Cervantes, Madrid, Castalia-Nuevo Milenio, 1999, y llámese al tercero, sobre todo, las cerca de diez mil páginas que componen la *Gran Enciclopedia Cervantina*, que bajo la dirección general de Carlos Alvar, se viene preparando desde el Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá desde 2005 en adelante. Las voces, concretamente, de Lía Schwartz sobre

los clásicos son increíbles. Pero todas las demás que he ido manejando eran una sucesión de monumentos a la inteligencia, al mérito, al rigor, al amor propio.

La bibliografía que contiene cada una de las voces de la *Gran Enciclopedia Cervantina* me exime de hacer aquí una pausada lista que empiece por la A y acabe por la Z.

No obstante, en las páginas anteriores he citado:

ALVAR EZQUERRA, Alfredo. *Cervantes. Genio y libertad*. Madrid: Temas de Hoy, [1.^a ed., septiembre de 2004; 2.^a ed., diciembre de 2004].

— *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014.

BAKER, Edward. *La biblioteca de don Quijote*. Madrid: Marcial Pons, 1997.

BOGNOLO, Anna. «Sobre el público de los libros de caballerías», en *Literatura medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*. Lisboa: Cosmos, 1993, pp. 125-130.

Cervantes, cultura literaria. Catálogo de la exposición celebrada en la Biblioteca Nacional de Madrid, coord. por Florencio Sevilla Arroyo y Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 1997 (se reproduce el texto de 1905 de Menéndez Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes»).

- COTARELO VALLEDOR, Emilio. *Cervantes lector: discurso leído ante el Instituto de España y en representación de la Real Academia Española, en la Fiesta Nacional del Libro del 23 de abril de 1940*. Madrid: Instituto de España, 1943.
- EISENBERG, Daniel. «La biblioteca de Cervantes», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, vol. II, Barcelona: Quaderns Crema, 1987, pp. 271-328.
- LEONARD, Irving A. *Los libros del conquistador*. México: FCE, 1979 (1949).
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel y SALES DASÍ, Emilio José. *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Laberinto, 2008.
- MARÍN PINA, María del Carmen. *Páginas de sueños. Estudios sobre libros de caballerías castellanos*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2011.
- REYES GÓMEZ, Fermín de los. *El libro en España y América. Legislación y censura (siglos XV-XVIII)*. Madrid: Arco/Libros, 2000, 2 vols.

Día del Libro

*Esta obra ha sido compuesta en Garamond
y está impresa en papel verjurado
de 100 gramos. Su edición
ha estado a cargo de
Editorial CSIC*

*Miguel de Arbeniz
Saavedra &*



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD



CSIC

ISBN: 978-84-00-10059-9

